

SERVICIO SECRETO

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

PERIODISMO SANGRIENTO

**Burton
Hare**



Un sagaz reportero, Keith Kevan, planea largarse treinta días al Caribe, en compañía de la rubia más explosiva que había conocido en todos los días de su vida.

Pero sus planes se malogran totalmente cuando los altavoces del aeropuerto le reclaman para atender una llamada de teléfono.

Un corresponsal muerto, salvajemente golpeado y otro desaparecido, son la causa de una ardua investigación que le llevará hasta Garden Bay City, una ciudad eminentemente turística y en donde el dinero corre a torrentes durante la temporada alta.

Todos los resortes del poder está en mano de una camarilla sin escrúpulos. El vicio, el juego, las drogas, la policía local...



Burton Hare

Periodismo sangriento

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1746

ePub r1.0

Lds 08.03.19

Título original: *Periodismo sangriento*

Burton Hare, 1984

Cubierta: Fabá

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Cerré la maleta y di un vistazo en torno. No iba a echar de menos el apartamento. Nunca lo echaba de menos cuando emprendía alguno de los viajes, pero en esta ocasión el viaje eran unas largas vacaciones, de modo que las cosas resultaban distintas.

Sonó el teléfono justo mientras echaba mano a la chaqueta. Lo descolgué y una voz como el murmullo del agua en una fuente dijo:

—¿Keith? Pensé que ya estarías en camino...

—Salgo ahora mismo. ¿Todo a punto, cariño?

—Impaciente. Aún me resisto a creer que me lleves de vacaciones al Caribe. Sólo imaginar lo que tú y yo podremos hacer allí, bajo el sol, bañándonos desnudos...

—No te dispaes, nena.

—Te adoro. Date prisa.

Colgué, atrapé la maleta y abandoné el apartamento como si me persiguieran.

Largarse treinta días al Caribe, en compañía de la rubia más explosiva que había conocido en todos los días de mi vida era una experiencia casi traumatizante.

Y Mira era realmente explosiva. Yo tenía buenas razones para saberlo, a pesar del poco tiempo que llevábamos tonteando juntos. Lo de las vacaciones iba a ser la culminación de todo el proceso de seducción, aunque habría sido difícil discernir quién había seducido a quién.

De modo que fui en su busca a bordo de un taxi.

Abrió la puerta tan rápidamente que pensé que había estado esperándome pegada a ella. Me echó los brazos al cuello y su boca se ofreció, roja, húmeda, madura.

Comencé a perder la chaveta mientras la besaba. Era como

detener el tiempo, hundirse en las profundidades del mar del deseo y desear ahogarse en él.

Estuve tentado de despedir al taxi y prolongar la experiencia, sólo que los aviones no esperan y yo tenía ya los pasajes.

—Lástima —dije al apartarla suavemente—. Estaba pensando en probar esa cama estilo Hollywood de que hablaste alguna vez.

—¿Quieres?

Lo dijo sencillamente, sin inhibiciones. Comencé a tener dificultades para respirar.

Sacudí la cabeza a regañadientes.

—Hemos de tomar ese avión o perdemos los pasajes. Decide tú, cariño.

Hizo un mohín de disgusto.

—El avión —dijo—. Tendremos más ocasiones cuando aterricemos.

Así fue como me perdí una magnífica experiencia.

El taxi emprendió la ruta del aeropuerto. Por el camino ella se recostó contra mí y suspiró:

—Es un sueño, Keith.

Seguía siendo un sueño mientras la besaba larga y profundamente. Distraídamente, apoyé la mano en su muslo. Era duro como la piedra, y tibio, y suave... Era mucho más que un sueño.

Ella susurró junto a mi boca:

—No seas impaciente. El chófer tiene un retrovisor, ¿lo olvidaste?

—Al diablo con él.

Pero se apartó, riendo entre dientes.

Así llegamos al aeropuerto. Presenté los pasajes en el mostrador de la compañía aérea y la bonita azafata dijo:

—Su avión saldrá dentro de diez minutos, señor Kevan. Puerta número cuatro.

—Gracias.

Agarré la maleta y llamando un mozo le señalé el equipaje de mi acompañante.

En aquel momento los altavoces comenzaron a ladrar mi nombre a grandes voces.

Alguien quería hablar conmigo por teléfono en el locutorio

número seis.

Mira exclamó:

—¡Date prisa o perderemos el avión!

Estuve tentado de ignorar la llamada y seguir adelante. El avión y el Caribe estaban esperándome. Y la espléndida rubia era una tentación llena de curvas y de deseo, y rebosando ansias de pasarlo bien...

Fui al locutorio refunfuñando, atrapé el auricular y grité:

—¡Kevan al habla! ¿Qué pasa?

Sonó una voz retumbante, autoritaria. Una voz que yo conocía muy bien. Me espetó:

—¿Keith? Llamo a Keith Kevan.

—Ése soy yo.

—¿Cuánto tardará en llegar a mi despacho?

—¿Qué?

—¿No funciona ese teléfono, o qué infiernos pasa? Le hice una simple pregunta: ¿Cuánto tardará en llegar a mi despacho?

—Va usted a recibir una simple respuesta. Tardaré exactamente veintinueve días. Acabo de empezar mis vacaciones.

Sonó un resoplido, como el de una foca en celo.

—¡Le doy treinta minutos! Dejaremos sus vacaciones para otra ocasión.

—¡Con un demonio! No puede...

Le oí reír y la comunicación se cortó.

Colgué el auricular y consideré seriamente la cuestión.

Tenía treinta minutos para someterme, o cinco o seis para tomar el avión, la rubia explosiva y largarme al Caribe.

Podía mandar al tipo al infierno. Podía hacerlo. Y Mira me esperaba. Y el avión no esperaría...

Claro que podía mandarlo al infierno.

Lo malo era que hacer eso era mandar al infierno un empleo que, entre unas cosas y otras, producía mil quinientos dólares a la semana, más algunas otras ventajillas. Era como para tenerlo en cuenta.

Lo tuve en cuenta. Quiero decir que me perdí el Caribe, la rubia explosiva y lo que ella significaba de placer, noches ardientes en la playa, bajo una luna enorme y todo eso. No creo que me lo haya perdonado.

CAPÍTULO II

El despacho tenía unas dimensiones enormes, descomunales. Sus paredes estaban cubiertas de estanterías rebosantes de libros, revistas procedentes de todas las partes del mundo, y papeles en un espléndido desorden.

La mesa en forma de riñón hacía juego con la estancia en cuanto a dimensiones, y la cubrían una auténtica marea de papeles, documentos, galeradas, más revistas, y teléfonos de distintos colores, todo ello bien mezclado como un buen cóctel.

Había otros muebles aquí y allá, los suficientes para llenar una tienda de regulares proporciones.

Y magnetófonos ocultos, intercomunicadores, un gigantesco mueble-archivo de brillante acero, un gran ventanal y una gran pantalla en la pared, conectada a un sofisticado equipo de televisión y vídeo, en la que solían pasar los noticiarios que pudieran interesar al Gran Tipejo.

Éste esperaba arrellanado en un sillón anatómico y basculante.

Erle Innes, como contraste con el decorado que le rodeaba, era un individuo de estatura mediana, delgado y quebradizo, de facciones como un buitre, y un cráneo afilado cubierto por un puñado de estopa rojiza.

Sus ojos eran tan implacables que producían temblores de piernas a los tipos impresionables que caían bajo su férreo dominio. Yo estaba demasiado furioso para dejarme impresionar.

Había otro hombre sentado en una butaca cuando entré disparado en el despacho. Era un individuo recio vestido con discreta elegancia. Tenía el aspecto de uno de esos ejecutivos de brillante porvenir que anuncian detergentes en televisión.

—¡Bueno! —estallé cuando hube caminado hasta la mesa por

encima de la gruesa alfombra—. ¿Qué maldita ventolera le ha dado? No puede borrar del mapa mis vacaciones de este modo.

—Siéntese, Kevan.

—Escuche...

—¡Siéntese!

Me senté.

El dijo con voz pausada:

—Este caballero se llama Harbert Ford y es un espectador de nuestra charla. Un simple espectador sin voz ni voto.

—¿Qué clase de juego es éste? —Ahora lo verá.

El tal Ford me sonrió educadamente. Fue todo lo que hizo.

Mi jefe encendió un cigarrillo y luego dijo:

—En cierta forma, lo que quiero que haga, tratándose de un tipo como usted, pueden considerarse unas vacaciones, con la diferencia que los gastos correrán a cuenta de la empresa.

—¡No me diga! Ya sé lo considerado que es usted.

—Sí. ¿Ha oído hablar de Garden Bay City?

—No.

—Es una ciudad de un cuarto de millón de habitantes. En la temporada turística llegan al millón y medio.

—¿Y qué?

—Va usted a ir allí, alojándose en un hotel de lujo.

Le miré, perplejo.

—¿Va a pagarme la estancia en un lugar de recreo? No lo creeré en mil años.

—Iré a trabajar, naturalmente.

—Claro...

Manoseó los papeles que tenía ante él. Acabó desenterrando una fotografía tamaño postal.

—Usted conocía a Ferguson, supongo —gruñó.

—Hicimos algunos trabajos juntos.

—Eche un vistazo a esta belleza. Le gustará.

Tomé la fotografía. Sentí cómo mi estómago se encabritaba intentando salirme por la boca.

A pesar de mi larga experiencia de reportero internacional, de haber recorrido los más salvajes rincones de la tierra y haber asistido a todas las guerras no declaradas, golpes de estado y otras salvajadas por el estilo, jamás había visto nada semejante. Aquello

no era un rostro humano, sino un simple puñado de carne macerada. —¿Es Ferguson?— tartamudeé. —Era.

Dejé caer la fotografía.

—¿Cómo lo hicieron?

—A juzgar por el aspecto, golpes y ácido seguramente.

—Un trabajo repugnante. ¿Por qué?

—No lo sabemos. Mandé a Shaun Rowe a investigar, pero se esfumó.

—¿Quiere decir que Shaun desapareció?

—Exacto. No quedó el menor rastro de él. Lo único seguro es que llegó a Garden Bay City, se instaló en el hotel y eso es todo.

—Entiendo.

—Ahora irá usted.

Le miré de mala manera.

—¿Tiene la esperanza de que me hagan lo mismo que a Ferguson?

Se encogió de hombros y miró al techo.

—No derramaría lágrimas por usted —contestó—. Como tampoco las derramé por él. Además, en el caso de usted, Kevan, se me ocurre que encontraría diez corresponsales internacionales por la mitad de lo que usted nos cuesta, así que no se ponga duro conmigo.

—Tonterías, no encontraría otro tan idiota como yo. Hay más de cien periódicos que publican mis crónicas en todos los estados, así que sólo con sus cuotas le salgo gratis a ese maldito papelucho suyo.

—¿Ha terminado?

—Al diablo.

—Es preciso hacer algunos arreglos antes de su marcha. Se presentará abiertamente.

Usted es un compañero de Shaun que va a Garden Bay City tratando de encontrarlo. Además de ser un corresponsal famoso en todo el país, naturalmente. Espero que eso impresione y frene un poco los impulsos de quien sea que esté detrás de este asunto.

—¿Qué asunto? Porque hasta ahora no ha dicho una palabra de lo que Ferguson fue a buscar a ese poblacho.

Advertí que los dos cambiaban una mirada tensa antes de que Innes respondiera. De cualquier modo, cuando lo hizo tampoco

sirvió de mucho.

Dijo:

—Ferguson trataba de poner al descubierto la corrupción de toda índole que impera en Garden Bay City. En un lugar que vive única y exclusivamente del turismo, el dinero corre a torrentes durante la temporada. Bueno, parece ser que todos los resortes de poder están en manos de una camarilla. El vicio, el juego, las drogas, la política local... Todo en sus manazas. El fue a ponerlo en claro.

—Está tomándome el pelo, Innes. No creo que...

—¡Cierre la boca y escuche!

Cerré la boca y escuché. Qué remedio.

De modo que él prosiguió:

—Es posible que haya algo más en el fondo de este asunto. Todo allí huele que apesta. Vaya y descúbralo, y escriba sobre lo que encuentre. Y, por supuesto, intente localizar a Shaun Rowe, si es que queda algo de él.

Eché una mirada al espectador silencioso. El tipo parecía encontrarse a mil millas de distancia a juzgar por el interés que ponía en nuestra charla.

El director gerente de la empresa periodística suspiró, como si le costara un gran esfuerzo despegar los labios. Luego dijo:

—Ahora ya lo sabe, Kevan. Escriba. Escriba todo lo que crea que deba ver la luz, no importa lo duro que sea, pero asegúrese al mismo tiempo que podamos respaldarlo con pruebas. No quiero que nos caigan encima una catarata de demandas por libelo.

—No lo entiendo. Palabra que no lo entiendo. Usted sabe muy bien que esta clase de trabajo no es mi especialidad. Nunca lo ha sido. Escuche, Innes, si usted no me hubiese pillado en el aeropuerto, habría echado mano de otro redactor más versado en cuestiones locales, eso es un hecho. ¿Por qué infiernos no lo hace ahora?

Me miró casi con lástima. El tipo estaba acorazado y yo sabía que nada le haría mella. Pero había que intentarlo.

Al fin gruñó:

—Porque, además de un buen corresponsal, experimentado y hábil, se necesita un hombre que puesto contra las cuerdas sea una mala bestia. Ya ha visto lo que les ha pasado a sus camaradas. Ni

Ferguson ni Rowe tenían espíritu de guerrilleros y quizá por eso les sucedió lo que sabemos. Abrigo la esperanza de que, con usted, las cosas sean distintas.

—En menos palabras, quiere decir que yo «sí» soy una mala bestia...

Esbozó una mueca que, con mucha imaginación, podía tomarse como una sonrisa.

—Por lo menos, Kevan, en más de una ocasión se ha comportado como tal.

—Ya veo. Pero déjeme recordarle que nadie me paga para pelear, sino para escribir, ¿sabe? —le insinué diplomáticamente.

—Lo tendré en cuenta si alguna vez pierde la chaveta y pide aumento de sueldo. Y ahora, deje que le dé algunos detalles y cierre el pico.

Escuché y él estuvo hablando un buen rato y nada de lo que dijo me ayudaba en absoluto. Una vez más me pregunté si no estarían tomándome el pelo.

Por otro lado, ¿qué pintaba allí el tal Ford?

Y si Ferguson había sido bárbaramente asesinado, y Shaun había desaparecido, ¿por qué los periódicos que controlaba la empresa no lanzaban una campaña por toda la nación? Se supone que la prensa tiene cierto poder, a pesar de todas las corruptelas.

Bien, escuché obedientemente hasta que él se cansó de hablar y entonces le espeté, fastidiado:

—Ahora, Innes, déjese de cortinas de humo y cuénteme la verdad.

—¿Qué?

—Ya lo oyó. Llevo demasiados años en este podrido trabajo para tragar ruedas de molino. ¿Cuál es la razón de todo esto, qué hay detrás de esa supuesta corrupción?

—No tengo nada más que decirle. Vaya y trabaje, Kevan.

—De modo que eso es todo lo que se propone decirme...

—Exactamente.

Me levanté, mirándoles lleno de perplejidad. Ford examinaba sus uñas con la misma atención que un entomólogo examinaría un ejemplar raro. Innes no tenía expresión alguna en su cara de granito.

—Está bien —dije de mal talante—. Pero luego no se queje si

piso algunos pies demasiado delicados. No se puede trabajar a ciegas y obtener resultados a las primeras de cambio.

—Usted puede hacerlo. Se le paga suficiente dinero para que lo haga, por lo menos.

—A ese respecto, jefe, me gustaría hablar con usted en otra ocasión —dije, esperanzado.

Soltó un gruñido. Estreché las manos de los dos y me largué.

Por primera vez en mi vida deseé haber elegido una profesión más sedentaria y tranquila que la de reportero internacional, a las órdenes de Innes, algo así como domador de tigres por ejemplo. Después de lidiar con mi jefe no me habría faltado práctica.

CAPÍTULO III

Shaun Rowe se había alojado en el hotel Tropical, de modo que allí fue donde dirigí mi Ferrari y estacioné delante de la entrada.

El coche atrajo la atención de un botones, que trotó para apoderarse de mi maleta y del estuche de la máquina de escribir.

El Ferrari lo había ganado en Roma a un

play-boy

medio loco en una partida de póquer, y desde entonces no nos habíamos separado nunca. Ofrecía algunos inconvenientes, pero también tenía sus ventajas, entre ellas la velocidad para casos de apuro.

Entramos a un vestíbulo inmenso y lujoso como el resto del edificio. En plena temporada debía estar abarrotado hasta el tejado. Gracias a lo que los profesionales llaman temporada baja había sitio de sobra, así que me gané la reverente atención del recepcionista, que me obsequió con una deslumbrante sonrisa y una pregunta.

—¿Piensa quedarse mucho tiempo entre nosotros, señor?

A mí también me hubiera gustado saberlo, pero lo ignoraba, así que dije:

—Tal vez. Depende de cómo me traten.

—Si es así, estoy seguro que permanecerá mucho tiempo en Garden Bay City.

Me asignó una habitación de ensueño. Uno se sentía importante en ella, sobre todo si pensaba en que eran otros quienes corrían con los gastos.

El botones dejó su carga, se embolsó los cinco dólares, y antes de largarse insinuó con voz queda:

—Cualquier cosa que desee, señor, pídale... «Cualquier cosa», sea lo que sea.

—Lo recordaré.

Cerró la puerta y desapareció. Me entretuve esparciendo el contenido de la maleta dentro del armario. Aquello estaba destinado a servir simplemente de pantalla. Tendido en la cama, fumé un par de cigarrillos reflexionando en torno al absurdo embrollo al que iba a meterme sin saber nada de nada. Era toda una perspectiva. A Ferguson le habían arreglado tan pronto llegó a Garden Bay City, y los que hicieron el trabajo no se habían andado por las ramas.

Shaun Rowe, llegado en pos del compañero asesinado, se había volatilizado por completo apenas puso los pies en semejante pudridero.

Ahora acababa de llegar yo, y abrigaba la esperanza de que, cualquier cosa que sucediera, no fuera tan irreparable como la suerte corrida por mis dos compañeros.

Claro que en mi caso pondría algo de mi parte para que no fuera así.

A media tarde descendí al vestíbulo y pregunté por mi coche.

—El portero lo llevó al garaje del hotel, señor Kevan. ¿Va a salir?

—Seguro.

—Un minuto.

Manipuló por un teléfono. Tuve apenas tiempo de encender un cigarrillo y él anunció:

—Tendrá el coche en la puerta en unos segundos, señor.

—Gracias. Oiga, me dijeron que un amigo mío, Shaun Rowe, se alojó aquí antes de desaparecer.

El hombre dio un respingo.

—¿Era su amigo?

—Y espero que siga siéndolo por muchos años.

—Ya veo... Sí, claro. Estuvo alojado aquí dos días antes de desaparecer. Nadie ha vuelto a saber de él. Y permítame decirle que nadie se ocupó de pagar su cuenta, ¿sabe?

Le obsequié con mi mejor sonrisa.

—Yo abonaré el gasto de mi compañero si eso ha de devolverle a usted la paz interior, amigo. ¿Qué se hizo de su equipaje?

—Lo tenemos guardado en el almacén, aunque no hay mucho. Una pequeña maleta y una máquina de escribir portátil.

—Alguien lo reclamará en su día. ¿Recuerda usted si recibió visitas durante su estancia en el hotel? Sacudió la cabeza.

—Ninguna, señor Kevan. Al menos, ninguna que preguntase por él en recepción. Claro que alguien pudo dirigirse directamente a su habitación.

—¿Y llamadas telefónicas?

—Lo ignoro. Sólo se registran las llamadas exteriores.

—No me ayuda usted mucho que digamos.

—Permítame una pregunta, señor Kevan... ¿Es usted periodista, como el señor Rowe?

—Ni más ni menos.

—¿Y se propone buscarlo?

—A eso vine. Y de pasada escribiré algo sobre este poblacho. Quién sabe, incluso es posible que su hotel obtenga una buena dosis de publicidad gratuita.

La idea no pareció entusiasmarle precisamente.

Alguien anunció que mi coche estaba en la puerta y salí.

Empecé a dar vueltas por la población, tanto para ambientarme, como para localizar lo que necesitaba.

Lo encontré al anochecer. Un hermoso edificio de apartamentos de alquiler, casi vacío en esa época. Hablé con el administrador, deposité la fianza requerida y alquilé un apartamento magnífico por un precio razonable. Estaba amueblado con sencillez, pero con exquisito gusto.

Desde la terraza podía contemplar una espléndida visión de la playa y los roquedales que se alzaban hacia el sur, más allá de las instalaciones del Club Náutico, en cuyos muelles se mecían infinidad de embarcaciones deportivas de todo tipo.

Era una visita estupenda, pero que a mí me dejaba frío. Lo que me interesaba del apartamento era la discreción y la independencia que el lugar me ofrecía para un caso de necesidad.

Abrí el reducido portaequipajes del Ferrari con una llave especial y saqué otra maleta y otra pequeña máquina de escribir, todo lo cual dejé en el apartamento antes de regresar al hotel a pasar la noche.

Había cambiado el turno de los recepcionistas, y el que había tras el mostrador cuando llegué me miró con evidente curiosidad. El otro debía haberle hablado de mí.

Deslicé un billete por encima del mostrador, sólo para ensanchar un poco más su sonrisa profesional.

—Me gustaría dar un vistazo a la habitación que ocupó Shaun Rowe antes de su desaparición —dije—. Creo que no habrá inconveniente alguno, si no está ocupada.

—En absoluto, señor, aunque no espere encontrar nada de interés. La revisó la policía, y cuando ellos lo autorizaron fue limpiada por el servicio, que reunió el equipaje para guardarlo en el almacén.

—¿Qué les pareció a los policías la desaparición de Rowe?

Se encogió de hombros.

—Bueno, dijeron que seguramente era uno de esos sinvergüenzas que acostumbran estafar a los hoteles, fuera de temporada.

Chasqué la lengua lleno de admiración. No era para menos.

—Una brillante apreciación que habla muy alto de la inteligente policía de este lugar —dije, asombrado—. Un fulano que se larga sin pagar el hospedaje de dos días, dejando detrás una máquina de escribir y todo su equipaje. Amigo, alguien debería felicitar a su policía.

Se quedó mirándome boquiabierto.

Le saqué de su admirativo asombro recordándole mis propósitos. Me entregó una llave y balbuceó:

—No es preciso que le acompañe... no hay nada en esa habitación. Está en la tercera planta.

Era el número ciento dos. Subí en el ascensor automático, pensando en la policía de Garden Bay City y en otras cosas, ninguna agradable.

La habitación era más reducida que la mía, aunque igualmente lujosa. No tardé mucho en pasarla por un tamiz sin encontrar nada. Aunque, conociendo a Rowe, era imaginable que hubiera dejado algún mensaje bien oculto, por si las moscas.

Sólo que no había nada.

Estuve allí un buen rato. Sólo me faltó arrancar el decorado de las paredes.

Al fin regresé al vestíbulo y contemplé la sonrisa del empleado.

—Ahora quisiera ver el equipaje de Rowe.

Llamó a un botones y le ordenó que me acompañara.

El sótano estaba lleno de mercancías, con las paredes cubiertas de estanterías.

De entre varias maletas, el muchacho separó una. Contenía dos trajes de buen corte, algunas camisas y ropa interior, calcetines y unos gruesos guantes. Debajo de la ropa había un fajo de cuartillas en blanco.

El botones dijo:

—La máquina de escribir es ésta, señor.

Era una Smith-Corona portátil, no demasiado nueva. Apenas le presté atención, porque había otra cosa que me intrigaba:

¿Para qué infiernos querría nadie unos gruesos guantes de piel en una estación veraniega?

Los examiné con cuidado. Eran recios, forrados de lana por dentro. Auténticos guantes de nieve, propios de un lugar frío, pero no de Garden Bay City.

Observé que el derecho estaba chamuscado a lo largo del dedo índice, y el izquierdo tenía un agujero, también chamuscado, en la unión del pulgar y el resto del guante.

El botones volvía a estar junto a las estanterías, guardando la máquina de escribir. Me embolsé los guantes y cerré la maleta.

—Ya puedes guardar eso también —dije—. No hay nada de interés.

Subí a mi habitación. Aquellos guantes me intrigaban. Los guardé bajo el colchón y volví a la calle dispuesto a conocer un poco más a fondo la vida nocturna del lugar.

Había profusión de *cabarets* que permanecían abiertos a pesar de estar fuera de temporada. No me costó mucho advertir que, además de salas de baile, clubs, discotecas y demás, había otros complementos muy convenientes.

Descubrí cómodas y discretas cabañas establecidas detrás de la mayoría de locales establecidos en las afueras. Por todas partes donde entré uno podía oler la marihuana en vaharadas tan densas que ahogaban la respiración.

Vi matones bien entrenados, busconas de altos vuelos adornadas con espléndidas joyas auténticas y sonrisas más duras que sus diamantes...

No vi un sólo policía por ninguna parte.

Todo bien organizado, naturalmente.

Estuve preguntando por Shaun Rowe aquí y allá sin resultado. Al parecer, durante su corta estancia en la población, no había frecuentado ninguno de aquellos pudrideros, y si lo había hecho no consiguió ligar ninguna amistad, ni siquiera circunstancial.

Sólo una muchacha de las que vendían cigarrillos y flores en un lujoso tugurio, pareció un tanto preocupada después de mi pregunta, pero tampoco pude sacarle nada.

Era una belleza alta y estatuaría, casi desnuda, cuyas largas piernas evolucionaban entre las mesas como en un gracioso *ballet* sensual e inquietante. Me vendió un paquete de cigarrillos por el precio de todo un cartón, me regaló su espléndida sonrisa y me dijo que no era bueno estar tan solo.

Pero cuando le hube preguntado por mi amigo, dejó de sonreír y ya no le importó si estaba solo o acompañado.

Se largó, simplemente.

Así que, cuando el reloj señalaba la una de la madrugada, regresé al hotel casi convencido de que por los medios normales no obtendría resultado alguno.

De cualquier modo, después de esa noche lo más seguro sería que la iniciativa partiera de la oposición.

No supe cuán acertado estaba hasta que llegué al hotel, porque ellos, la «oposición», estaban esperándome en mi habitación cómodamente instalados como en su propia casa.

Recibí el primer trancazo tan pronto entré, y casi fue una lástima que ese golpe no me dejara tieso.

Porque fue eso solamente: el primero.

CAPÍTULO IV

El infierno era negro como la tinta, pero en medio de la oscuridad una legión de condenados trabajaban a destajo dentro de mi cráneo, vaciándolo con escoplos mal afilados y el resultado era condenadamente doloroso.

Estaba tirado entre unas dunas, según averigüé cuando empecé a flotar en la esfera de dolor que por lo visto se había posesionado de mi cuerpo.

Oí el suave rumor del mar y aspiré el aroma de la brisa, pero maldito si eso me importó. Intenté levantarme y fracasé.

Tanteé con cautela las diferentes partes de mi cuerpo, asegurándome de que aún estaban donde debían. Mi mandíbula estaba floja y el sabor de la sangre en la boca me daba náuseas.

Tampoco las costillas parecían encontrarse en buenas condiciones. Hube de reconocer que los cuatro hijos de perra habían hecho un buen trabajo.

O quizá no. Quizá se habían equivocado al dejarme vivo.

Estaba empapado de sangre y mis ropas eran unos zorros. Abrir los ojos resultó una experiencia que no le deseo a nadie. Mi rostro estaba tirante y dolorido, y calculé que mi aspecto sería lo bastante malo como para asustar a un sepulturero.

Logré levantarme al cabo de infinidad de intentos frustrados y comprobé que me encontraba en un lugar desierto de la playa, a poca distancia del mar y de la blanca espuma de las olas que morían, una tras otra, tan cerca de mi cara que me pregunté por qué los cuatro bastardos no me habían sumergido en ellas.

Sin la menor duda, eso les habría ahorrado futuros disgustos.

Aunque, cuando recordé a los cuatro gorilas y sus corteses advertencias, comprendí que ellos estaban seguros de haberse

librado de mí definitivamente... y sin el riesgo de un escándalo que atraería demasiado la atención sobre la podrida ciudad.

Eché a andar tambaleándome, resbalando en la arena y cayendo aquí y allá como un borracho. Al fin conseguí llegar a la carretera, pero no vi un coche por ninguna parte.

Eso había sido un fallo por parte del grupo de matones, porque ellos me habían ordenado tomar la dirección contraria a Garden Bay City y largarme al infierno. Olvidaron que un tipo en mi estado y sin coche no podría ir muy lejos.

De modo que tomé la dirección de Garden Bay City, trastabillando al borde de la carretera y llamándome estúpido en todos los idiomas que conocía.

Me habían cazado como a un pardillo y no cabía darle más vueltas.

Al verlos en mi habitación pensé que iban a llevarme a alguna parte discreta donde interrogarme, para tratar de averiguar qué andaba yo buscando, además de a Shaun Rowe.

No querían saber nada de nada. Sólo sacudirme.

Y lo hicieron, ya que tras el primer porrazo salí de este mundo tan de prisa como si nunca hubiera estado en él.

Cuando desperté, en las dunas, estaban sacudiéndome a placer después de haberme amarrado las manos y los pies.

Al fin se habían cansado y sólo entonces me libraron de las amarras y se fueron, sin olvidarse de advertirme una vez más la dirección que debía tomar si quería seguir disfrutando de buena salud.

Ignoro cuánto tiempo caminé a trompicones antes de descubrir una luz, a corta distancia del borde de la carretera. Para entonces estaba casi inconsciente, todo giraba a mi alrededor y mi cuerpo era todo él un grito de dolor.

Caí y me fui a rastras hasta el sendero de piedra que conducía hacia la luz. Logré ponerme en pie y contemplé un hermoso *bungalow* de medianas dimensiones. La luz salía de una de sus ventanas.

Atravesé un gran prado de césped, bordeé una piscina y conseguí llegar hasta la puerta casi fuera de este mundo.

Todo giraba a mi alrededor, incluso la pared y la puerta, en medio de una rojiza bruma que envolvía al mundo en medio de un

silencio impresionante, un silencio espeso y negro...

Supongo que de algún modo logré pulsar el timbre, aunque no estoy seguro.

Se abrió la puerta y yo caí adelante como un tronco abatido por el hacha de un leñador.

* * *

El decorado había cambiado. Y la temperatura. Y la luz.

Nunca había visto aquel techo ni aquellas paredes.

Estaba tendido en un diván y alguien me había cubierto con una manta. Unos minutos después de descubrir ese nuevo mundo, advertí que debajo de la manta estaba desnudo, sólo con un montón de vendajes y emplastos adhesivos que tiraban de mi piel desagradablemente.

No cabía duda que aquello era obra de un profesional.

Giré la cabeza y no vi a nadie. Era una estancia grande y confortable, con muebles del último grito y alegres colores en las paredes. Un paraíso en el que flotaba un agradable, sutil y turbador aroma, recordándome esos caros perfumes franceses que cuestan un centenar de dólares la onza y que sólo se atreven a llevar muy contadas mujeres.

Traté de levantarme con cautela. Eso resultó más complicado de lo que imaginaba, pero tras no pocos esfuerzos conseguí quedar apoyado sobre un codo.

Entonces sonó un áspero gruñido, algo semejante al nacimiento de un trueno, y luego un seco chasquido, como el de un cepo al cerrarse.

Volví la cabeza y casi me caí fuera del diván.

Un gigantesco perro lobo se había levantado y me contemplaba con sus ojos salvajes por encima del respaldo del diván. Sus fauces estaban abiertas y el ronco gruñido se alzaba otra vez, amenazador, casi tanto como los afilados colmillos.

—Bueno, compañero, tranquilo —dije, volviendo a tenderme en el diván.

Perezosamente, el enorme perro dio la vuelta, acercando su hocico a mi cara.

Unos colmillos largos como puñales lanzaron destellos. Aquella

bestia podía despedazar a un hombre con la misma facilidad que un niño se zampa una chocolatina.

Estuve muy quieto, esperando que se cansara de explorarme y se fuera al infierno.

Entonces, una voz como el tañido de campanillas exclamó en alguna parte:

—¡Quietos, «León», no molestes a nuestro huésped!

Miré hacia la voz y lo que vi me compensó de todo el infierno que había vivido hasta entonces. Valía la pena recibir unos cuantos trastazos si con ello uno alcanzaba aquella meta.

Era una dama alta, de espléndidas proporciones anatómicas. Cada soberbia curva de su cuerpo estaba justamente donde debía estar, y en proporción suficiente para no dejar lugar a dudas respecto a su vitalidad femenina.

Tenía largas piernas, hermosas, finas, exquisitamente moldeadas. Caderas voluptuosas y firmes que armonizaban con la delicada cintura y los agresivos pechos, que se adivinaban sin dificultad por debajo de la suerte de mosquitera que llevaba puesta.

Sus grandes ojos tenían tonos irisados de oro, y los labios, además de cierto humor, estaban hechos para besar y ser besados, aunque imaginé que eso ya lo sabía ella por experiencia.

Me contempló sin inhibiciones. Sonrió.

—«León» es un perro muy impulsivo, señor Kevan —dijo con aquella voz como una música.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—El doctor se ha tomado la libertad de dar un vistazo a sus documentos. Estaba muy preocupado por la clase de lesiones que tuvo que curar.

—Un médico, ¿eh? Supongo que no se le habrá ocurrido avisar a la policía.

Esbozó un mohín delicioso.

—El estaba decidido a hacerlo, pero pude disuadirle. Tengo cierta influencia sobre nuestro querido doctor.

—Lo celebro, de veras. ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Calculo que unas tres horas. Espero que se encuentre mucho mejor que cuando llegó.

—Por lo menos seguro que no estoy peor.

Ella asintió, como si eso la aliviara. De pronto frunció su

hermoso ceño y dijo:

—Según el doctor, le golpearon metódicamente. Golpes salvajes y brutales según él. Una paliza de muerte...

—Dejando aparte lo de metódicamente, todo lo demás es cierto. Aquellos cuatro monos no tenían nada de metódicos.

Estuvo unos instantes pensativa. Luego murmuró:

—Quizá quiera contarme sus apuros si eso ha de aliviarle.

—Me aliviaría mucho más un buen *whisky*, si lo tuviera usted a mano, preciosidad.

—¿Por qué no? Aunque le confieso que estoy muerta de curiosidad.

Pensé que era peor estar muerto de una paliza, pero lo dejé correr ante la premura de recibir la dosis de alcohol que necesitaba. No fue tacaña. Trajo suficiente *whisky* para reanimar un cadáver.

Lo saboreé a placer. Empecé a revivir.

—Ahora puedo contarle una buena historia —dije—, pero con ello no creo que usted ni yo ganemos nada.

—Adelante. De todos modos ya me desveló esta noche.

—Bueno, antes que lo olvide, ¿dónde están mis ropas? Y supongo que no me las quitaría usted.

Se echó a reír.

—Lo hubiera hecho de haber sido necesario. ¿Cree que nací ayer? Pero fue el doctor quien le desnudó... aunque no lo hizo hasta echarme fuera de la estancia. Es un caballero muy estricto en cuestiones de moral sexual y todo eso.

—Ya veo. Celebro que se divierta usted. ¿Qué hay de lo que llevaba puesto?

—Lo que llevaba usted encima no servía siquiera para el cubo de la basura. Las tiré.

—Bien, no es que eso me preocupe, pero imagino que no podré salir de aquí vestido solo con los vendajes. No creo que eso esté permitido ni en un pudridero como Garden Bay City.

La idea pareció divertirla. Incluso pensé que la tomaba en consideración. Pero acabó señalando a un lado y dijo:

—El propio doctor Merrill se encargó de traerle un traje y algunas otras cosas, cuando vio cómo estaba su equipo.

—No cabe duda que tiene usted influencia sobre el matasanos, tal como dijo antes.

De nuevo me obsequió con aquella risa cristalina.

—El buen doctor —explicó—, está convencido de que acabaré casándome con él, eso es todo.

—Comprendo. Pero si es así, ¿cómo ha permitido que se quedara usted a solas conmigo, con un tipo desconocido, hecho un desastre, y además desnudo?

—¿Sola? Usted olvida a «León».

Al oírse nombrar, el gigantesco perrazo soltó un ladrido que hizo temblar las lámparas.

Ella añadió:

—Si se lo ordenase sería capaz de matar a un hombre por defenderme...

—Capto la advertencia sin necesidad de más aclaraciones, linda. Ahora, dígame cómo he de llamarla y luego le contaré la historia.

—Soy Nancy Anders.

—Yo, Keith Kevan, aunque eso ya lo sabe.

—Cierto, como sé que es uno de los más cotizados corresponsales de prensa. Pero es todo lo que sé.

—Ojalá fuera cierto lo de más cotizado... Bueno, la cosa empezó cuando un compañero mío desapareció en este podrido pueblo. Se llamaba Shaun Rowe y era reportero.

—Oí hablar de eso. Creo que incluso la policía hizo algunas averiguaciones.

—Lo que aquí llaman policía y la realidad no son siquiera cosas parecidas.

—¿Qué está tratando de decir?

—Olvídelo. La cosa es que llegué, pregunté y me cazaron. La historia se reduce a eso.

—¿Preguntó qué?

—Respecto a Shaun Rowe.

—¿Quiénes le cazaron? Conozco mucha gente en la ciudad.

—Olvidé pedir que nos presentaran —dije de mal talante—. Y si usted conoce la clase de gentuza con que tropecé, creo que no es éste el lugar más seguro para mi integridad.

—Tonterías. Sé quién es usted, Kevan. Yo he leído muchas de sus crónicas enviadas desde todo el mundo. Usted es un corresponsal de los más famosos de todo el país.

—Gracias —dije modestamente.

Se rió y no sé si se burlaba de mí o era que estaba contenta.

—Quiero decir que usted es alguien importante, Kevan. Tanto, que no creo que le mandaran a Garden Bay City solamente para escribir sobre la desaparición de un periodista de poca monta.

—El pobre Shaun se molestaría mucho si oyera que usted le menosprecia de ese modo.

—Sabe perfectamente lo que quiero decir.

—Está creando una fantasía donde no existe. Vine para encontrar a Shaun Rowe. Eso me ordenaron, claro que de paso he de averiguar lo sucedido y qué se esconde detrás de su desaparición, pero eso es todo. No hay más misterio que éste. Y ahora, si no le importa, quisiera vestirme.

—Goldie dijo que debería usted descansar por lo menos veinticuatro horas.

—¿Goldie?

—Oh, bueno, ése es el apelativo que damos al doctor Merrill familiarmente.

—Entiendo. Pero no puedo quedarme aquí veinticuatro horas. Tengo muchas cosas por hacer.

Hizo un mohín de disgusto, pero acercó la silla con todas las ropas y me advirtió:

—Cuando termine, llámeme.

—¿Tendría inconveniente en llevarse el perro? Cada vez que me muevo afila los colmillos. No quisiera perder una pierna cuando me levante.

Se echó a reír de nuevo. Dio una voz cariñosa al animal y éste echó a trotar junto a ella y ambos desaparecieron de mi vista.

Me vestí, gruñendo y maldiciendo, porque cada movimiento era una cuchillada de dolor.

Sobre la silla estaban también mis pertenencias: los documentos, el tabaco y el dinero.

Los cuatro bastardos de la playa no me habían quitado ni un centavo.

Era un detalle que no pensaba agradecerles.

Como si hubiera estado espiondo, ella reapareció cuando estaba abrochándome la camisa. El perrazo se frotaba contra sus piernas y que me condene si no le envidié.

—¿Vive usted sola aquí?

—Vuelvo a recordarle a «León» —replicó, irónica—. Pero sí, vivo aquí, sola, la mayor parte del año. Mi padre posee una gran casa en la ciudad, pero yo prefiero la independencia. Durante el día vienen dos sirvientas, que se marchan al atardecer si no doy ninguna fiesta.

—Ya veo. Oiga, ¿a qué distancia estamos del poblacho?

—A más de tres millas. Aunque si se empeña en llamar poblacho a Garden Bay no me sorprendería que tropezase con más dificultades.

—Voy a encontrarlas de todas maneras.

Encendí un cigarrillo.

Ella dijo espontáneamente:

—Le llevaré en mi coche, por supuesto, si está decidido a abandonarme.

—Mire, linda, su compañía es una delicia para mí. Pero he de trabajar, y por otra parte no quiero ponerla en dificultades con ese doctor. Podría creerse en el deber de velar por su virtud, y yo ya tengo suficientes quebraderos de cabeza para buscarme otros.

—Eso no debe preocuparle. El asunto de mi virtud es algo que sólo me concierne a mí.

¿A dónde quiere que le lleve?

—Al hotel Tropical. Tengo una habitación allí.

—Muy bien.

—Sin embargo, no quiero que me deposite usted en la puerta del hotel. Si lo vigilan para asegurarse de que me he largado del pueblo definitivamente, usted se vería envuelta en un embrollo por mi culpa.

—Usted no piensa obedecerles...

—Puede apostar todo su dinero a que no. Esos cuatro gorilas estaban pidiendo a gritos que alguien les ponga donde deben estar.

—Es usted terco..., pero se me ocurre que va a correr muchos riesgos, cuando podría evitarlos fácilmente.

—Nunca se soluciona nada dando la espalda a los problemas.

Asintió y salimos de la casa escoltados por el condenado perrazo.

El garaje estaba en la fachada posterior, y dentro de él brillaba un Jaguar deportivo último modelo. Tal como está el asunto de las importaciones debía haber costado una fortuna.

—Bueno, ¿qué tiene su papaíto, pozos de petróleo o algo así?

—Algo así —replicó—. Además, es senador por el estado, ¿sabe usted?

—¡No me diga! Qué cosas...

Salimos zumbando carretera adelante. El perrazo, enroscado en el estrecho asiento posterior, se inclinaba de vez en cuando para rozarme la nuca con su frío hocico.

Estábamos a mitad de camino cuando me asaltó una idea.

Dije:

—De modo que su papá es senador, ¿eh?

—Sí.

—Me gustaría mucho hablar con él si usted pudiera arreglar un encuentro.

—¿Para qué? Si todo lo que usted quiere es encontrar a su compañero, no creo que mi padre pudiera ayudarle absolutamente en nada.

—Con todo un senador se pueden discutir muchos otros asuntos, linda.

Ladeó la cabeza y me observó con evidentes dudas. Acabó por sonreír.

—Veré qué puedo hacer —accedió al fin—. Llámeme mañana, cuando haya recobrado un poco más de su aspecto humano.

—No me miré al espejo, pero no creo estar tan mal. Nunca he sido una belleza de todos modos.

Se echó a reír y apretó un poco más el acelerador.

Luego repitió:

—Llámeme mañana. Me gustará volver a verle.

—¿De veras?

—Claro.

—¿Siempre les habla así a los hombres?

—Muy contadas veces. En realidad suelo mostrarme más bien arisca, pero usted es un caso especial. Me considero responsable de su salud después de esta noche.

—Eso me conmueve.

—Estoy segura..., usted es un tipo muy sensible. Por eso está impaciente por encontrar a los que le golpearon.

Antes que pudiera encontrar una réplica adecuada ella de tuvo el coche en una plazoleta oscura y desierta.

—Siga esa calle de la derecha, hacia la playa, y al final encontrará el hotel, Kevan.

—Mi nombre de pila es Keith.

—Lo sé, leí sus documentos. Buenas noches, Keith.

—Me pregunto qué haría el perro si intentara besarla como despedida.

—Haga la prueba, si es usted un tipo arriesgado.

La atraje hacia mí y lo probé.

El perrazo gruñó allá atrás, pero ya ni me importó.

Tener su boca en la mía fue una experiencia única que me elevó a alturas siderales, porque no sólo se dejaba besar, sino que besaba ella a su vez, y daba tanto calor y deseo como recibía.

Su boca era cálida, tierna y exigente a un tiempo.

Pero se apartó al fin suavemente. Sus ojos parecían chispas de luz.

Dijo con un leve jadeo:

—Ahora, buenas noches, Keith.

El perro continuaba rezongando sin tino, pero no le hice maldito caso.

—Te llamaré —prometí—. Ahora se me ocurren muchos otros temas para hablar contigo.

Abrió la portezuela de mi lado y murmuró:

—¿Sólo hablar...?

Me encontré en la acera sin saber cómo. Vi las luces rojas del coche alejarse y perderse de vista y hasta entonces no atiné a moverme.

Eché a andar hacia el hotel, pero sin llegar a la entrada. Perdí mucho tiempo intentando descubrir posibles espías, pero no vi ninguno.

Pero sí encontré mi Ferrari donde lo dejara. No obstante se habían despertado mis recelos y empleé más de quince minutos en revisarlo pulgada a pulgada en busca de un petardo.

No habían colocado ningún explosivo, de modo que lo puse en marcha y me largué de allí reflexionando sobre muchos temas contradictorios, sobre todos los cuales Nancy Anders se llevaba la primacía con mucha ventaja.

Estacioné cerca del edificio donde había alquilado el apartamento. Allí no sería fácil que me localizasen.

Subí, me desnudé, y tan pronto apoyé la cabeza en la almohada me quedé dormido como un tronco.

Tuve pesadillas el resto de la noche, y no desperté hasta que el sol dio en mi cara, y para entonces ya sabía qué debía hacer.

CAPÍTULO V

La llamé por la tarde, después de un día muy atareado.

Su voz, suave y arrulladora, me reprochó a través del auricular:

—Pensé que se había olvidado de su buena samaritana.

—Anoche terminamos tuteándonos.

—Es cierto.

—He tenido un día muy movido —dije—. ¿Qué has conseguido de tu senador? —Ven a cenar conmigo y luego pasaremos la velada con él, si para entonces sigues interesado en hablarle.

—Más que nunca, preciosa.

—Muy bien. ¿A las ocho?

—Estaré ahí.

—Conforme. Y, Keith, hasta entonces ten mucho cuidado para que no vuelvan a estropearte.

—Nena, a partir de ahora alguien más habrá de tener cuidado.

Colgué, salí de la cabina y a bordo del coche me encaminé al hotel Tropical.

El recepcionista dio un respingo al verme.

—¡Caramba, señor Kevan! ¿Dónde estuvo usted? Empezábamos a pensar que había desaparecido también.

—Usted estaba de servicio anoche, ¿no es cierto?

—Así es.

—¿Vio a los tipos que subieron a mi habitación?

—¿Qué tipos?

—Había cuatro matones arriba, esperándome cuando llegué. Me tumbaron y debieron sacarme por la puerta de servicio. ¿Qué sabe usted de eso?

O era un actor consumado o no sabía una palabra del asunto.

—No comprendo —balbuceó—. ¿Quiere decir que le

secuestraron, anoche?

—Exactamente, eso es lo que ocurrió. Lo que me gustaría saber es cómo supieron dónde encontrarme.

—No sé, señor..., quizá le siguieron.

—Lo dudo. Deme la llave.

Subí a mi habitación. Ni siquiera se habían tomado la molestia de registrarla. Encontré los guantes bajo el colchón y no pude contener un suspiro de alivio.

Hice un paquete con ellos, escribí la dirección y me largué a escape del rutilante edificio.

En la central de Correos mandé el paquete a cierto caballero que tendría mucho que decir sobre los guantes cuando los examinara.

Tras esto inicié un lento recorrido por todos los bares, tabernas y tugurios que encontré a mi paso. En muchos de ellos ni siquiera entré, sólo contemplé el interior a través de los cristales. Donde eso no era posible, entraba y daba un par de vueltas tratando de localizar lo que buscaba.

Y al fin lo encontré.

El tipo estaba acodado al final de un largo mostrador, con la cabeza vuelta hacia el aparato de televisión, en el cual daban un combate de boxeo.

Era el único parroquiano de la barra. En las mesas había cuatro o cinco más, todos vueltos hacia el televisor.

Ninguno me prestó atención, ni siquiera el fulano de la barra. Era el que me había atizado el primer golpe, en el hotel. Claro que después se resarcí obsequiándome con muchos otros.

Tomó maquinalmente un largo vaso de *whisky*, lo removió un poco haciendo tintinear el hielo y luego se lo llevó a la boca sin despegar la mirada del aparato de colorines.

Le golpeé justo en aquel instante. Le golpeé con el puño cerrado en la mano y el vaso. El vaso se le incrustó en la cara haciéndose añicos y provocando un estallido de cristales, *whisky* y sangre todo a la vez.

Empezó a aullar, volviéndose. Le sacudí duro en la barriga y se dobló igual que una navaja, poniéndose a tiro para un buen puntapié, de modo que le estrellé el zapato contra lo que quedaba de su cara y el tipo voló hasta encontrar la pared, contra la que pegó de cabeza.

Se quedó allí, muy quieto, enroscado y sangrando a chorros. Apenas respiraba.

Los demás se habían levantado. Por si alguno sentía la cívica tentación de intervenir les advertí:

—Esto es una fiesta privada. Si alguno se mete acabará en el hospital.

Ninguno pareció dispuesto a comprobarlo. Incluso el mozo, al otro lado del mostrador, se mantuvo muy quieto justo cuando alargaba la mano hacia el cuello de una botella.

Inclinándome hurgué bajo la chaqueta del caído y encontré la pesada pistola.

Empuñándola me volví hacia el belicoso tipo del mostrador.

Sacudió la cabeza, como aturdido. Eso fue todo.

Guardé la pistola, agarré a mi víctima por los cabellos y lo arrastré hacia la puerta. Empezó a rebullir antes de llegar, así que le sacudí la cabeza y la cara pareció incrustarse un instante contra las baldosas. Ni siquiera se quejó y volvió a perder todo interés por este mundo.

De manera que continué mi camino. Algunos paseantes nos miraron, alarmados. Le arrojé dentro del coche. Los asientos de un Ferrari no están hechos para transportar carga, de modo que hube de doblarle las piernas a riesgo de rompérselas para que quedara encajado allí dentro.

Empezaban a caer las primeras sombras del atardecer y debía darme prisa si quería llegar a tiempo a mi cita con la bellísima muchacha.

Dejé atrás la ciudad. Quince minutos más tarde descubrí un sendero que se internaba en una arboleda y me interné en él. Paré el coche, cerré el motor y arrojé al pistolero contra un matorral espinoso.

Empezó a gemir cuando le saqué de allí. Los espinos le dejaron las manos y los restos de la cara como unos zorros. Le quité la corbata y el cinturón y luego le vacié los bolsillos, guardándome todo lo que encontré en ellos.

Su rostro era una máscara lacerada y sangrante. Pensé en el pobre Ferguson y decidí que todavía me había quedado corto.

—¿Estás listo para escuchar o debo despejarte a patadas?

Abrió un ojo. El otro era probable que no volviera a abrirlo en

su vida.

—Muy bien —exclamé—. Estás mejor de lo que pensaba. Quiero los nombres de tus tres camaradas de anoche. Y rápido, porque no tengo mucho tiempo para perderlo con un pedazo de basura como tú.

Escupió sangre y algún que otro trozo de diente.

Ésa fue su respuesta.

Le descargué un par de puntapiés en las costillas y empezó a gritar con voz ronca. Le cerré la boca con una patada, porque no quería ensuciarme las manos si tenía que cenar con una dama.

La nariz le quedó torcida en un ángulo ridículo. Un río de sangre casi le ahogó.

—Los nombres, camarada —le recordé.

—¡Le matarán... por eso...!

—Quizá, pero tú ya no lo verás porque voy a matarte ahora y aquí.

Le enseñé su propia pistola. No le gustó ver el hocico del arma delante de su único ojo sano.

—¡No puede...!

—Sí puedo.

Con el pulgar hice saltar el seguro. El chasquido debió antojársele casi tan sonoro como un disparo.

—¡Espere! —barbotó.

La sangre que inundaba su boca apenas le dejaba hablar.

Esperé. Aquel único ojo me obsesionaba con su salvaje fijeza.

—Rolfieri —jadeó.

—Más.

—Sardón... y Penwick. Ellos le harán pedazos..., le dijimos que se fuera de la ciudad...

—Lo olvidé. Ahora el mandamás.

Movió la cabeza y empezó a temblar.

—¡Vaya a... a molestarlo...! —susurró—. Vaya y verá lo... lo que pasa...

—¿Quién?

—Flager.

—Espléndido. Ahora pasemos a otro asunto. ¿Qué sabes de Shaun Rowe?

—Nada... Sólo oí ese nombre. No sé...

—¿Le mataron?

—No lo sé.

—¿Y Ferguson?

—Tampoco... ¿Quién es ése?

—No me ayudas mucho, ¿eh?

Boqueó, escupió sangre y luchó por respirar a través de su nariz rota.

Dijo al fin:

—No puedo... decir lo que no sé.

—Quizá no quieres hablar, que es otro asunto. Empecemos otra vez. ¿Qué hay de Shaun Rowe?

—¡No sé nada de él!

Le hundí el puño en la barriga. Hube de apartarme de un salto para que no me inundara el traje con la bocanada de sangre que escupió violentamente.

—Piénsalo otra vez —le recomendé.

—¡Maldito...!

—Shaun Rowe, compañero.

Lloriqueó al borde de la inconsciencia. Su respiración era cada vez más angustiada y comencé a pensar que no duraría siquiera el tiempo de decirme lo que yo quería oír.

Finalmente balbuceó:

—Flager mandó a otros para... para ese tipo. No sé... tenían que llevarle a algún lado... No sé...

Su voz se extinguió.

Miré el reloj. El tiempo se agotaba.

Dije:

—Me gustaría que pudieras verte en un espejo para que vieras lo que queda de tu cara. Diles a tus compinches que a ellos les sucederá lo mismo, eso si no los mato antes. Yo no soy el pobre Shaun Rowe. Aprendí en una escuela muy dura para que me inquieten un puñado de matones de cinco centavos la docena.

—No escapará... haga lo que haga.

—Sigue soñando.

Le amarré los pies con la corbata. El tipo aún intentó sacudirme una patada, pero le convencí de que aquello no le convenía. Empezó a quejarse otra vez.

Busqué una rama baja y le arrastré hacia ella. Quedaba justo a la

altura que me convenía, de modo que pasé el cinturón por entre sus pies sujetos, le levanté en vilo y lo dejé colgado cabeza abajo de la rama. La sangre siguió goteando de su cara sobre la hierba.

Comenzó a insultarme a voces.

—Te quedarás ahí algún tiempo —dije—, a menos que alguien te encuentre antes de que revientes. Aunque tienes una oportunidad de que te libren si me dices dónde puede avisar a tus compinches. Ellos podrán rescatarte.

—No se atreverá a ir allí...

—Prueba a ver, de lo contrario te quedarás colgado ahí hasta el día del juicio.

Lo pensó sin dejar de mascullar insultos. Eso no me hacía ningún daño.

—Está bien, hijo de perra —barbotó—. Por la noche puede que los encuentre en El Loro Rojo. Es un bar...

—Quizá tengas suerte si están allí esta noche.

Regresé a la carretera sin preocuparme más por su suerte.

Paré en una estación de servicio, busqué el número telefónico del bar en cuestión y llamé. Cuando una voz gruñona respondió pregunté por los tres tipos que me interesaban.

El hombre del teléfono rezongó:

—Bueno, pero ¿con cuál de ellos quiere hablar?

—Lo mismo da. Cualquiera.

—Pues sí que... Espere.

Consulté los documentos del pistolero que colgaba en el bosquecillo. Se llamaba Bruno Vould.

Cuando una nueva voz surgió del auricular dije:

—¿Quién eres tú?

—Sardón. ¿De qué se trata?

—Tengo noticias de Bruno.

—¿Y qué? Y a todo esto, ¿quién es usted?

—Kevan.

—¡Maldito sea! Le advertimos, desgraciado. La próxima vez...

—La próxima vez que tropieces conmigo, será bueno que tengas hecho testamento. Bruno podrá decirte que no bromeo. Lo encontrarás colgado en un bosquecillo que hay a la derecha de la carretera, al sur de ese poblacho.

Sonó una especie de explosión al otro extremo del hilo.

Luego, el tipo jadeó:

—¿Colgado, ha dicho colgado?

—Ni más ni menos. Diles a tus camaradas que la próxima sesión será para vosotros.

Colgué, regresé al coche y dando la vuelta emprendí el camino a toda marcha.

Cuando encontrasen a Bruno empezarían a preocuparse de veras. Ellos, y el misterioso Flager, y quienes estuvieran detrás de éste.

La corrupción de que había hablado Innes debía estar lo suficientemente extendida como para requerir una compleja organización, aparte de que yo seguía intrigado por lo que fuera que se escondía detrás de ese absurdo encargo.

No era posible que Innes se tomara tanto interés por la corruptela política de una ciudad veraniega. Puestos a interesarnos por esta clase de casos, no daríamos abasto a desentrañar los miles y miles que se daban en todas partes sin que nadie se rasgase las vestiduras. El sistema estaba montado así y no cabía darle más vueltas.

Debía haber más, mucho más, aunque maldito si podía imaginar qué era.

Y luego, estaba el silencioso Ford. ¿Quién demonios sería aquel tipo?

Lo dejé correr por el momento.

Eran las ocho menos dos minutos cuando llamé a la puerta de Nancy Anders.

CAPÍTULO VI

El senador era todo lo que cabía esperar de un político, juzgándolo por su aspecto físico. Alto, distinguido, elegante; cabello espeso y con ramalazos grises en las sienes, mirada aparentemente franca y sonrisa fácil.

Primero me recibió con cierta rigidez, a pesar de los buenos oficios de su hermosa hija. Luego, tras el primer café, y mientras el humo de los aromáticos cigarros se adueñaba de la atmósfera, se suavizó un poco.

—Nancy dijo que usted deseaba hablar conmigo sobre la desaparición de una persona, señor Kevan —dijo—. Si eso es cierto, permítame decirle que no comprendo cuál es su propósito en realidad. Si ese hombre desapareció en nuestra ciudad la policía debe estar trabajando en el caso.

—Yo no diría que estuviera trabajando con entusiasmo, señor.

—¿Trata de insinuar que nuestra policía no es competente acaso?

Había algo raro en aquel hombre, detrás de su seguridad y de sus ademanes resueltos. Algo que no alcanzaba a comprender.

—No puedo juzgar la competencia de los polizontes, senador. Lo que sí afirmo es que no pusieron excesivo interés en la investigación inicial. Un tipo suspicaz podría pensar que no les interesa remover el asunto. O que hay intereses creados que no quieren inquietar.

Se echó atrás en la butaca. Desde donde estaba sentada, Nancy escuchaba sin intervenir.

—Ésta es una insinuación muy grave si la formula usted públicamente, señor Kevan —me espetó el hombre—. No ignoro su personalidad ni su prestigio. He realizado una pequeña investigación, desde que mi hija se interesó para que le recibiera.

Acostumbro hacerlo cuando se trata de desconocidos. Sin embargo, su prestigio profesional no le autoriza a difamar a nuestras autoridades.

Suspiré resignadamente. La cosa iba a ser mucho más desagradable de lo que yo habría deseado.

Por eso dije:

—Quizá sería preferible que esperases en otra habitación, Nancy.

—¿Qué? Después de traerte aquí, después de obsequiarte con la mejor cena de tu vida, según tu propia confesión, ¿ahora quieres dejarme al margen? Ni lo sueñes, Keith Kevan. Me quedo.

—Como gustes.

El senador me examinaba con el ceño fruncido. De nuevo sorprendí aquella extraña expresión en sus ojos y de pronto comprendí.

Aquello era miedo.

O mucho me equivocaba, o el gran hombre tenía miedo.

Carraspeó antes de preguntarme:

—¿Qué es realmente lo que usted vino buscando? Aparte de localizar a su colega desaparecido, por supuesto.

—Me encargaron investigar la corrupción de toda índole que al parecer impera en este poblacho. Se me dijo que en poco tiempo habían alcanzado las más altas cotas del vicio, la explotación y el crimen organizado. Si es cierto, lo descubriré y lo pondré en letras de molde en un centenar de periódicos del país que publican mis crónicas simultáneamente. Y si le ha sucedido algo irreparable a Shaun Rowe, encontraré a los asesinos y, senador, les arrancaré la cabeza con una sierra sin filo. Eso es, poco más o menos, lo que me propongo hacer.

No replicó de momento. Siguió mirándome de aquel modo inquieto, de manera que añadí:

—Todo esto, suponiendo que no haya alguna otra cosa bajo ese fondo de basura y corrupción, señor.

—¿Qué diablos quiere insinuar?

—No lo sé. No sé nada aún, es sólo una especie de corazonada. Lo que sí me parece es que usted, como senador por el estado, no parece preocuparse mucho por lo que sucede en su propia ciudad.

Nancy dio un respingo y se puso roja de ira.

—¡No tienes derecho a hablarle así a mi padre! —me espetó, furiosa—. Si hubiera imaginado que...

—Ya sé, ya sé, no me habrías traído aquí. Pero ya que llegué es mejor hablar claro.

—¡No te lo permitiré! —estalló, levantándose.

Su padre esbozó un ademán con la mano, cansadamente.

—Calma, gatita —murmuró—. Siéntate.

—¡Pero él no puede hablarte de ese modo, papá!

—Tiene perfecto derecho a hacerlo, nena, porque le asiste toda la razón del mundo.

Los dos nos quedamos mudos. Ella balbuceó al cabo de una eternidad:

—¿Qué quieres decir?

—Siéntate. Ahora pienso que hubiera sido mejor que nos dejases solos cuando Kevan lo insinuó.

—¡No esperes librarte de mí precisamente ahora!

El se echó atrás y cerró los ojos. Parecía terriblemente cansado, con un cansancio que le hubiera asaltado de repente.

—Tiene usted razón al afirmar que Garden Bay City es un nido de corrupción de la peor especie. No creo que en muchos otros lugares se haya alcanzado el grado de maldad que impera aquí.

—¡Pero, papá...!

—Cállate, hija. En el fondo yo estaba convencido que tarde o temprano esto estallaría como un volcán. Tan pronto supe quién era usted y hablé con mi hija comprendí que el momento había llegado. Un columnista de su prestigio no emprende un asunto como éste sin llegar al fondo del pozo.

—¿Adónde quiere ir a parar con todo esto, senador?

—No me interrumpa, Kevan. Acabo de adoptar una decisión y voy a decirle a usted lo que le llevaría meses averiguar. ¿Todavía quieres seguir aquí, Nancy?

—Estoy a tu lado, papá. Pase lo que pase y sea lo que sea que vayas a decir.

El asintió, mirándola con ternura.

—Gracias, hijita. No sabes lo que eso significa para mí. Pero he de contarlo a mi manera o no lo comprenderías, ni tú ni él... Yo empecé desde abajo, desde el fondo del pozo. Cuando tú naciste apenas si tenía un pequeño negocio. Después trabajé duro, muy

duro, para ti y por tu madre. Pero sobre todo para ti, gatita, porque en nuestro sistema de valores el que no triunfa no es nadie, no cuenta, le desprecia hasta el lechero. Peleé a brazo partido y subí a pulso, peldaño a peldaño, por el camino más rudo.

—No tienes que decirme lo que ya sé, papá.

—Pero Kevan lo ignora. Llegué arriba después de años y años de lucha y sacrificios. Hice una fortuna, la suerte me acompañó y llegué a controlar una buena parte de la industria local. Todo dentro de la ley, Kevan, eso puedo jurarlo sobre la Biblia. Me gané el aprecio de cuantos me conocían, y el respeto de las gentes de la ciudad porque, en parte, yo era uno más de ellos. Había salido de entre ellos, ¿comprende?

—Creo que sí. Entonces alguien le propuso dedicarse a la política. Es típico de los buitres que manejan nuestras ciudades.

—No es tan sencillo, Kevan. Y deje que lo cuente a mi manera.

—Adelante.

—No sucedió exactamente así. Había hombres más ricos y más poderosos que yo, pero su historial era sucio, o cuando menos, sospechoso. La gente no confiaba en ellos, y en muchos casos les odiaba. Jamás les habrían votado.

—Claro. Pero usted...

—Espere, Kevan. Yo no ambicionaba nada entonces. Pero mi mujer sí. Mi esposa ansiaba entrar en el gran mundo. Estaba loca por alternar con esas grandes familias que nunca nos habían aceptado como a iguales, a pesar de nuestro dinero. A mí maldito si eso me preocupaba, pero ella... Bueno, de pronto, como en un sueño, se nos abrieron todas las puertas. Las puertas de la alta sociedad local. Todo el gran mundo nos invitaba, nos agasajaba... Claudiqué por ella, porque la veía tan feliz, por darle lo que siempre había soñado. Así empezó todo.

Yo había oído casos parecidos otras veces. Mantuve la boca cerrada y él prosiguió:

—Ellos necesitaban un hombre limpio al que el pueblo pudiera elegir, en quien pudieran confiar sin hacerle preguntas después. En ese punto me dejé llevar porque, hijita, tu madre estaba igual que loca de entusiasmo, de placer. De orgullo —remachó con un amargo suspiro—. Fue como un sueño... Influencia, poder, halagos, fiestas. Y, al fin, senador.

—Muy bien, señor. Sólo una cosa más. ¿Quiénes?

Me miró con unos ojos que de repente parecían viejos de mil años. Pero aún trató de sonreír.

—Calma, Kevan, ahora llegamos a eso. Eran un grupo muy unido al principio, antes de que Garden Bay se convirtiera en un descomunal lugar de placer, antes de que fuera descubierto para el turismo. Yo conseguí del Senado franquicias, créditos y ventajas para este lugar. Fue así como se montó un formidable desplumadero de incautos. No lo comprendí hasta que ya era demasiado tarde, porque entonces ya no podía volverme atrás sin arriesgarme a perderlo todo. Cuando uno se ha ensuciado con esta gente, amigo mío, ya no puede limpiarse jamás. Hay que seguir y seguir hasta el final. Y, para mí, creo que el final ha llegado.

—¿Por qué?

No es sólo a causa de usted, Kevan. No, hay algo más. Ha ocurrido algo extraño, porque de repente ya no les interesa mi influencia. Es como si ya no temieran nada, como si su poder fuera ya tan absoluto que no temieran nada ni a nadie. O tal vez como si estuvieran dispuestos a abandonarlo todo. No lo sé.

—¿Quiénes? —repetí secamente.

—Bueno, Jonathan Lewis fue quien inició todo el proceso. Luego se le unieron Maurice Nyson y otros... Eberhard, por ejemplo.

—¿Quién es Flager?

—¿Anthony Flager?

—Supongo.

—El brazo derecho de Lewis, su apoderado y hombre de confianza.

—Ya veo.

—¿Por qué, de dónde ha sacado el nombre?

—Flager es el tipo que ordenó darme la paliza para expulsarme de la ciudad. Y está complicado también en la desaparición de Shaun Rowe.

No replicó. Abatido, miró de soslayo a su hija. Nancy estaba tan pálida como un sudario y de repente me espetó:

—¿Era necesario eso, Keith?

—No lo sé. El caso debía estallar por algún lado.

Tras dirigirme una mala mirada, se levantó y fue a donde estaba su padre. Tomó las manos de él entre las suyas y murmuró:

—¿Qué vas a hacer ahora, papá?

—No lo sé, querida. Renunciar a mi escaño del Senado ante todo, eso por supuesto. Después... Bueno, creo que lo que suceda no dependerá de mí.

Ella me miró angustiada.

—¿Dependerá de ti entonces, Keith?

—Tal vez, no lo sé.

—Piénsalo, por favor. ¿Es necesario sacrificar a mi padre por lo que otros le obligaron a hacer?

El senador se irguió bruscamente y replicó:

—No confundas las cosas, hija. Ellos me indujeron al principio, pero después yo supe que estaba obrando mal, que no era honesto lo que hacía. No obstante, no supe frenar a tiempo. Las corruptelas políticas, el poder, la influencia... inclinaron el platillo de la balanza. No, querida, yo acepté el riesgo.

Nancy se dejó caer en la butaca, junto a su padre.

—¡Maldita sea! —exclamó—. No me importa nada. Estaré a tu lado pase lo que pase.

En cierta forma la admiré.

Se me ocurrió que quien tenía la más amarga papeleta entre manos era yo. Me levanté y di unos pasos de un lado a otro, arrancando nubes de humo del aromático cigarro. Yo podía hundir a aquel hombre definitivamente. Podía hacer algo más que hundirle. Lo podía destruir total y para siempre, y jamás volvería a levantar cabeza. Tendría que volver a empezar... si no terminaba entre rejas.

Pero mi misión no era aplastar a un hombre que había sido demasiado débil después de haber sido fuerte. Lo verdaderamente importante estaba todavía por descubrir.

¿Qué se escondía detrás de la compleja organización criminal?

Y si era cierto que ya no necesitaban al senador, si era cierto que parecían dispuestos a abandonar tantos negocios sucios, ¿por qué los defendían con tanta crueldad, hasta el punto de torturar a un periodista y hacer desaparecer a otro?

—¿Eso es todo lo que quería usted saber, Kevan?

Me volví. El senador estaba muy pálido, pero me pareció más sereno que al principio de la entrevista.

—Lo que realmente necesito averiguar no creo que pueda

aclarármelo usted.

—Pruebe a ver.

—Quiero encontrar a Shaun Rowe, eso en primer lugar.

Y después quiero echarles el guante a los asesinos de otro reportero llamado Ferguson. Como usted ve quedan muchas cosas en el tintero todavía.

Sacudió la cabeza.

—Lamento no poder ayudarle en eso. ¿Ha podido saber qué hizo la policía en ambos casos?

—¿A qué llama usted policía, senador?

Asintió con amargura.

—Tiene razón. La corrupción llegó también a sus filas, a sus cuadros de mando...

—No me dice nada que yo no supiera ya.

—Antes de terminar quiero dejar muy claro, Kevan, para que no queden dudas. Todo lo que le he contado ha sido en plan estrictamente privado. Quizá públicamente, ante un jurado, no tuviese valor suficiente para repetirlo. Pero, amigo mío, si usted consigue pruebas de que sus compañeros fueron asesinados por Flager y sus matones, y que obedecieron órdenes de Lewis o de cualquiera de los otros, entonces, Kevan, entonces sí podrá contar conmigo, a pesar de lo que me cueste mi confesión pública.

—Esperaba que dijera usted algo así, senador. Únicamente por eso haré cuanto pueda para mantenerle al margen.

Nancy se irguió. Estaba muy pálida, pero más adorable que nunca.

—Gracias, Keith —susurró.

—No me des las gracias. Esto no ha hecho más que empezar y es muy posible que salgan a la luz cosas de las que ni tu padre sepa una palabra. Innes lo dio a entender cuando me encargó el maldito trabajo. Y el otro tipo, Ford, parecía saber mucho y no dijo nada, lo cual también es como para preocuparse. —¿Ford?— dijo el senador. —¿A quién se refiere?

—Maldito si lo sé. Herbert Ford creo que es su nombre completo. Estuvo presente en la oficina cuando mi jefe me endosó este trabajito.

—Hay un consejero privado del presidente que se llama Herbert Ford, en Washington —dijo con un hilo de voz.

Casi pegué un salto.

—¿Seguro?

—Por supuesto. No sé exactamente cuál es su cometido en la Casa Blanca, pero sí puedo asegurarle que es alguien muy allegado al presidente.

—Ahora es cuando aún lo entiendo menos. ¿Desde cuándo la Casa Blanca se interesa por las corruptelas políticas de pequeños núcleos de población?

Kevan, si fuera sólo eso yo lo sabría. El Senado habría sido informado.

—Claro. Entonces es otra cosa, pero ¿qué?

No obtuve respuesta.

Nancy dijo:

—¿Qué vas a hacer ahora, Keith?

Rechiné los dientes. Tenía los nervios de punta.

—De momento, escribir la primera de mis crónicas. Mi jefe merece estar al corriente de mis progresos, y ya es hora de que él también empiece a preocuparse.

—Pero si regresas al hotel te encontrarán... No cabe duda que deben estar buscándote por toda la ciudad.

—No pienso volver al hotel esta noche. Imagino que estarán muy molestos conmigo después de ver cómo quedó su camarada. Les dejaré que pierdan su tiempo.

—Entonces, ¿desde dónde piensas actuar, dónde vas a escribir?

—Bueno, tengo un pequeño refugio. Soy un tipo precavido cuando se trata de mi cabeza. El senador se levantó, mirándonos con ojos en los que ya no había miedo. La cosa me chocó después de todo.

Dijo:

—Kevan, se me ocurre que podría quedarse aquí durante unos días. Yo debo marcharme esta misma noche para una reunión política en la capital del estado, pero usted, aquí, estaría seguro. Nunca se les ocurriría buscarle en mi propia casa.

—Es una idea.

Nancy se levantó de un brinco.

—¡Es la mejor solución, Keith! —exclamó—. Entretanto podré abogar por la causa de mi padre. Te sobornaré si es preciso.

El sonrió sin humor. Pareció a punto de añadir algo más, pero

cambió de idea. Sólo cuando me estrechó la mano murmuró:

—Haga lo que haga, Kevan, no se detenga por cuestiones personales. ¿Sabe usted? Creí que me había endurecido lo suficiente en estos años, pero me equivoqué. Abrazó a su hija, la besó con ternura y abandonó la estancia con pasos firmes.

Desde el rincón donde había permanecido tumbado todo el tiempo, el enorme perrazo levantó la cabeza al oír cerrarse la puerta. Runruneó con voz sorda, cambió de postura y volvió a quedar quieto.

Nancy murmuró:

—Le he visto envejecer en unos minutos. ¿Por qué ha tenido que suceder todo esto, Keith?

—No me lo preguntes a mí. Soy forastero en este pueblo, ¿lo has olvidado?

Hizo esfuerzos por sonreír. No obtuvo mucho éxito.

—¿Sabes una cosa? —dijo de pronto—. Garden Bay es un auténtico poblacho, como tú dijiste. No me importaría irme de aquí.

—Me pregunto si le importaría a tu padre.

—¿Qué quiere dar a entender con eso?

—Nada, linda, era sólo una idea. Voy a usar el teléfono para una llamada a larga distancia. Es hora de que tu padre empiece a contribuir a la campaña de saneamiento, aunque sólo sea con facturas de teléfono.

Comuniqué con Innes en su despacho. Estaba de un humor de perros, como de costumbre. Tras los primeros escarceos le espeté resueltamente:

—Voy a dictar una crónica por teléfono, así que prepare su grabadora. Pero quiero que sea publicada en la primera edición de todos los periódicos. ¿Entendido?

—Necesito una buena razón para tanta urgencia.

—La razón la hallará en la misma crónica, si es que sabe usted leer entre líneas. Cuando se publique, ocúpese de que lleguen a Garden Bay City suficientes ejemplares para que se arme un buen revuelo aquí. Eso es importante. Quiero que unos cuantos tipos empiecen a perder los nervios.

—¿Qué tipos?

—No pregunte.

—Ya veo... Tampoco me dice una palabra de Shaun Rowe.

—Es casi seguro que habrá que encargar un funeral para Shaun, jefe, aunque no estoy seguro aún. Otra cosa; envié un paquete a O'Mara, del laboratorio. Dígale que necesito un informe detallado por la mañana. Yo le llamaré por teléfono.

—Muy bien. ¿Hay más cosas que quiera usted?

Había sarcasmo en su voz, pero eso natural en él así que lo pasé por alto.

Además, aún me quedaba un buen cartucho para hacerlo estallar bajo sus posaderas. Dije:

—Una de las cosas que quisiera saber, jefe, es qué infiernos tiene que ver en este asunto un consejero del presidente.

—¿Qué?

Sonó como un rugido. A distancia eso no podía hacerme ningún daño.

—Ford, ¿recuerda? Herbert Ford. ¿Qué pinta él en un asunto de supuesta corruptela política local?

—¡Maldita sea, Kevan! Yo no le ordené investigar en torno al señor Ford.

—Estoy navegando sin brújula por su culpa, Innes, de modo que no se queje si en mi singladura equivoco el rumbo.

—¡La crónica y deje de divagar!

—Perfecto, siga manteniéndome a oscuras. Bueno, allá va.

Estuve hablando media hora. Dije mucho y no dije nada, según cómo se interpretase la historia. Se deslizaban algunos nombres y se insinuaban muchas cosas. Bien aderezado por los especialistas en esos trabajos, la cosa adquiriría la dimensión de escándalo, a menos que Innes decidiera frenar el asunto hasta tener más pruebas.

Sin embargo, cuando callé él dijo:

—A veces me pregunto por qué demonios se le paga a usted tanto dinero... Muy bien, entrará en la segunda edición de la mayoría de periódicos. La primera ya se cerró.

—Conforme.

Colgué y encendí un cigarrillo. Nancy estaba a mi lado, mirándome como si me viera por primera vez.

—¿Qué va a pasar ahora?

Me encogí de hombros.

—Nada.

—¿Cómo?

Nada —repetí—. Hay que esperar. Estas cosas hay que dejarlas cocer. Cuando esté lo bastante caliente saltará la tapa del puchero.

—¿Te burlas de mí?

—En absoluto. Me gusta esta casa, nena. Un día aquí sin hacer nada va a resultar como una cura de relax.

—De modo que sin hacer nada...

—Eso dije.

—Lo dudo. Me ocuparé de que tengas mucho que hacer. He de sobornarte.

La contemplé preocupado.

—¿Has pensado en tu adorador? El matasanos quiero decir.

—Oh, bueno, pensaré en él cuando tú te vayas.

—Si es una indirecta para que me largue, olvídalo.

Sacudió la cabeza.

—Yo no dije eso.

La atraje hacia mí. El perrazo levantó la cabezota, mirándonos.

Cuando la besé dejó de interesarse por lo que no le importaba y volvió a dormir. Si había algo que yo deseara entonces era que ella me mantuviera ocupado... muy ocupado.

CAPÍTULO VII

Me despertó el cosquilleo de sus cabellos en mi cara.

Permanecí muy quieto, escuchando su respiración suave y confiada, aspirando el aroma de su cuerpo desnudo bajo la sábana. La cálida proximidad de su piel era una sensación que inspiraba algo mucho más profundo que simple deseo. Ternura quizá.

Inesperadamente oí el susurro de su voz en la oscuridad.

—¿Estás despierto?

—Sí.

—¿En qué piensas?

—En ti. En nosotros... No sé, es todo muy confuso.

Se irguió un poco, apoyándose sobre un codo. Sus cabellos cayeron sobre mi rostro, y detrás de los cabellos descendieron sus labios y la cosa empezó a complicarse.

Besarla era absorber su aliento y su vida, y dársela al mismo tiempo con el calor de una pasión que nos envolvía desde que empezara el delirio de esa noche.

Se dejó deslizar encima de mí y, casi sin despegar los labios de mi boca susurró:

—Haces que pierda la cabeza cuando me besas. No me había sucedido nunca.

—¿Qué crees que siento yo?

—Tengo bastante trabajo en averiguar qué siento yo misma, querido...

La obligué a dar la vuelta. Me perdí en su cuerpo con caricias y besos, oyéndola jadear, y de pronto susurró:

—Hagamos el amor otra vez, Keith.

—Sí.

—¿Lo deseas también?

—Jamás he deseado nada en este mundo como te deseo a ti.

Nos amamos como locos, hasta el delirio y el agotamiento. Como debieron amarse el primer hombre y la primera mujer sobre la tierra.

Después volvió a quedar dormida con la cabeza recostada en mi pecho. Aún seguí despierto un tiempo antes que el sueño me llegara también, arrebatándome la delicia de su contacto.

Era casi mediodía cuando volví a la vida.

Me duché velozmente, y después de un rápido afeitado en el baño del senador, bajé a la planta baja de la inmensa residencia.

El primero que salió a mi encuentro fue el perrazo. Se acercó y estuvo olisqueando mis piernas un buen rato, hasta que decidió darme el aprobado final.

Bostezó, sólo para que viera sus afilados colmillos, y tras esto me guió trotando hacia la terraza, donde el sol era amortiguado por un toldo multicolor.

Había una mesa y varios sillones. Bajo un parasol, una tumbona contenía la más hermosa filigrana que yo recordaba haber visto en mi vida...

La filigrana sonrió.

—Hola, querido —dijo con voz que era un arrullo.

Llevaba un dos piezas tan diminuto que más parecían dos medias piezas.

—Ángel, el espectáculo es demasiado fuerte para un hombre débil como yo, que ni siquiera ha desayunado.

—Hay un timbre ahí. Si te molestas en oprimirlo alguien vendrá con jugo de naranja, huevos, jamón y café.

Me apresuré a pulsar el timbre. Acerqué un sillón a la mesa, colocándolo de modo que pudiera seguir contemplándola a placer.

—Tú sabías que iba a bajar y lo preparaste todo para dejarme turulato. ¿No es cierto?

—Algo hay de eso. Necesito impresionarte. Es parte del soborno.

—Nena, anoche hiciste algo más que impresionarme.

Se echó a reír y me reprochó:

—Un caballero no mencionaría nunca las flaquezas de una dama.

—Yo no soy un caballero.

—Salta a la vista.

Una sirvienta apareció cargada con una bandeja. Sirvió el copioso desayuno y se esfumó. No hablé mientras quedó algo comestible en los platos. Después, apurando la última taza de café, dije:

—Me gustaría saber a qué hora llegan los periódicos aquí.

—Hasta la tarde no se venden los de Nueva York. ¿Te preocupa mucho?

—En cierta forma ellos habrán de desencadenar los futuros acontecimientos. Por otra parte, la publicación de la crónica que dicté ayer será una especie de seguro de vida para mí. Lo pensarán dos veces antes de intentar algo radical, porque sabrán que si me ocurre algo después de ese primer artículo, un centenar de periódicos en todo el país levantarán un escándalo y pedirán una investigación nacional en este estercolero.

Sacudió la cabeza.

—Eso no te serviría de nada si estabas muerto.

—No amargues esta mañana tranquila y soleada, cariño.

—¿Es que tú no piensas en lo que puede suceder?

—Por supuesto que sí. ¿Por qué demonios crees que todavía estoy vivo, después de haber transmitido crónicas desde todos los rincones del planeta, incluidas Rusia y China? Cerró los ojos bajo el sol. Su piel dorada era una pura delicia y yo deseaba que la mañana no terminase nunca, que el tiempo se detuviera, y que en toda la tierra no hubiese nadie más que nosotros dos.

Encendí un cigarrillo y murmurando una disculpa me encaminé al teléfono.

Tras un par de intentos y una corta espera establecí comunicación con

O'Mara,

el destinatario de los guantes.

—¿Recibiste mi regalo? —pregunté.

—Seguro. Y no es ninguna belleza. ¿Qué es lo que quieres en realidad?

—Todo. Esos guantes me preocupan.

—¿Por qué?

—En primer lugar, los encontré en una estación veraniega. A pesar de estar fuera de temporada, hay aquí una temperatura que uno puede bañarse si quiere. ¿Para qué quiere nadie unos guantes

como éstos en un sitio así?

—Tal vez para manejar materias peligrosas, Keith.

—Eso mismo pensé yo. Sigue,

O'Mara.

—No he tenido mucho tiempo para hacer pruebas con ellos, pero puedo anticiparte que las quemaduras y el agujero fueron producidas por un ácido corrosivo.

—¿Mucho ácido?

—Depende de su poder. Si es muy activo, una sola gota puede atravesar una tabla de madera.

—Oye, ¿viste la fotografía del cadáver de Ferguson?

—Sí.

—¿Pudo ser ése el ácido que manejaron con los guantes?

—Eso es imposible saberlo sin tener el cadáver para examinarlo.

—Eso es imposible. Lo incineraron aquí antes que Innes pudiera hacer nada.

—Se me ocurre que se dieron mucha prisa, ¿eh?

—Demasiada.

—Bueno, sea como fuere, a Ferguson le destrozaron con un ácido corrosivo. Pudo ser el mismo que agujereó los guantes o no. Pero si esos guantes están relacionados de algún modo con el caso, creo que podemos conjeturar que los utilizaron para manejar el recipiente de ácido.

—Apuesto que están relacionados a juzgar por el lugar donde los encontré.

—Tú sabrás. Ah, oye, otra cosa que puedo decirte es que no son nacionales.

—¿Qué quieres decir con eso?

—La piel, la horma, el cosido, incluso el hilo de ese cosido; el tipo de manufactura... No fueron fabricados en este país. — ¿Quieres decir que son importados?

—Estoy dispuesto a jurarlo, aunque dudo que nadie importe guantes tan bastos, tan ordinarios.

—Espera un minuto. ¿Qué es exactamente lo que piensas?

—Que alguien los trajo en su equipaje. Alguien que los usaba regularmente en el lugar de donde vino. Estoy dispuesto a jugarle el cuello que ningún comercio en nuestro país vende nada igual, de tan baja calidad.

—Me parece que sé lo que quieres decir. Sigue trabajando en ellos, y cuando termines que Innes investigue su posible procedencia. Es importante,

O'Mara.

—De acuerdo. Cuídate.

—Eso es lo que hago.

—Recuerda a Ferguson, de todos modos.

Y colgó.

Me entretuve fumando y reflexionando sobre mi conversación con

O'Mara

hasta que Nancy me llamó. Regresé a la terraza y ella quiso saber:

—¿Buenas noticias?

—Depende de cómo se tomen. Si uno se detiene a pensarlo, cada vez se complica más este asunto. Ahora ya no estoy ni medianamente seguro de que me mandaron aquí para el trabajo que dijeron.

—No entiendo... ¿Qué quieres decir con eso?

—Que si yo estoy en lo cierto, querida, alguien cometió un estúpido error cuando liquidó a Shaun Rowe.

Siguió mirándome perpleja, pero no le aclaré nada más.

Dijo:

—Quisiera hacer algo para ayudarte, Keith. Quizá así pudiera ayudar también a papá. —Estás ayudándome mucho más de lo que imaginas, brindándome este refugio, y tus caricias, aunque ahora deba renunciar temporalmente a ambas cosas.

—¿Ahora? Pensé que no saldrías hasta la noche...

—Cambié de idea. Oye, otra cosa. Mi coche es muy llamativo para lo que me propongo hacer. ¿No habría por aquí otro más discreto? Y no me hables de tu bólido.

Sonrió.

—En el garaje, detrás de la casa. El chófer llevó el tuyo allí también.

—Gracias, ángel.

—Espero que recuerdes todo esto cuando termines lo que estás haciendo.

La besé en los labios y me escabullí antes que perdiera el control una vez más.

En el espacioso garaje, además del mío, había dos coches más: El Jaguar de Nancy y un Mercury, descubierto.

El chófer cesó de sacarle brillo al Jaguar y se volvió.

—Hola —dije—. ¿Tienes las llaves del Mercury?

—Seguro, están en el coche. Pero a mí me gustaría más conducir su Ferrari, señor.

—Depende de las circunstancias.

Saqué el Mercury y conduje rumbo al centro. Una vez en la población busqué una cabina telefónica.

Llamé al tugurio de los matones, y pregunté por Sardón.

—No lo he visto en todo el día —replicó la voz.

—¿Y Rolfieri?

—Espere... andaba por los billares.

Esperé. Un minuto después una voz aflautada indagó:

—¿Quién habla?

—¿Rolfieri?

—Sí.

—Aquí, Kevan.

—¡Usted! —rugió—. Siga escondiéndose, desgraciado. No le servirá de nada.

—¿Encontraron a Bruno?

Sonó una sarta de obscenidades.

—¡Seguro que le encontramos! Pero mucho más le haremos a usted cuando... —Eso será más tarde en todo caso— le atajé. —Ahora sólo quería preguntarte por los guantes que alguien perdió.

—¿Qué guantes?

—Ya lo sabes, gorila. Alguien los encontró, guardándolos en el equipaje.

—Maldito si sé de qué habla.

—Quizá lo sepa tu jefe. Díselo. De cualquier modo ya averiguaré por mi cuenta su significado.

Colgué. Si mordían el anzuelo aún quedaría una esperanza para Shaun, si es que todavía estaba vivo.

Volví al coche, lo llevé cerca de la entrada del hotel, subí la capota automática y, parado en el lado opuesto de la calle, me dispuse a esperar.

CAPÍTULO VIII

Pasó una hora y después otra, y otra más.

Seguí fumando cigarrillos, luchando a ratos contra el sopor y el sueño. Empecé a desesperar. Debía haberme equivocado.

De todos modos no tenía nada mejor que hacer hasta la noche y continué allí, contemplando el ir y venir de la gente en las aceras, las entradas y salidas del hotel y la riada de coches que se deslizaban por la calzada.

Estuve tentado de abandonar la vigilancia un centenar de veces, pero había algo dentro de mí, como una corazonada, que me impulsaba a perseverar.

Así que continué.

Y me salí con la mía.

Aparecieron a última hora de la tarde, cuando ya estaba hambriento y fastidiado y rabiando por largarme al infierno de una vez.

Eran cuatro y tripulaban un sedán azul oscuro grande como un acorazado. Vi detenerse el coche ante el hotel, y de los cuatro ocupantes tres saltaron a la acera. El cuarto se quedó sentado frente al volante.

Los otros tres entraron en el hotel y no estuvieron dentro más allá de diez minutos.

Cuando salieron vi que llevaban la maleta de Shaun y su máquina de escribir.

Subieron al coche y éste se alejó.

Emprendí la persecución manteniéndome a suficiente distancia para no infundirles sospechas.

Atravesamos la población por el paseo que bordeaba la playa. Luego el coche azul comenzó a encaramarse por la cornisa que

recortaba las colinas.

Allí era más arriesgado seguirles, de manera que le concedí más ventaja. Debido al trazado tortuoso de la carretera y a que ésta discurría todo el tiempo cortada en la misma ladera, podía verlo de vez en cuando por delante y encima de mí.

Oscuració y vi encenderse sus luces de situación. Fueron una buena guía para mí, sin embargo aceleré acortando la distancia.

Y de pronto, como un truco de prestidigitador, desaparecieron.

Pasé por delante del desvío sin verlo hasta que ya lo había rebasado, así que continué como una milla más y luego regresé.

El desvío me llevó como media milla fuera de la carretera de la cornisa y allí detuve el coche y apagué las luces, pero antes de parar el motor le di la vuelta por si tenía necesidad de salir de estampida si las cosas se ponían demasiado calientes.

Luego emprendí el resto del camino a pie.

Era un paraje agreste y desierto. Cualquier cosa que sucediera allí arriba no sería observada por nadie. Instintivamente acaricié la pistola que había pertenecido a Bruno.

Casi di de bruces contra la alta verja de hierro. Por si había sistemas de alarma me abstuve de tocarla, pero recorrí un buen trecho de ella, examinándola con cautela.

La residencia se elevaba al fondo, entre copudos árboles. Brillaban luces en algunas ventanas, y el resplandor delataba el brillo de la carrocería del sedán azul.

Busqué el lugar más alejado de la casa y me encaramé a la verja, tanteando cada pulgada por si había cables de alarma o algo así.

No encontré ninguno, así que me descolgué por el otro lado y quedé agazapado sobre la hierba, escuchando con todos los sentidos alerta.

No se oía más que el susurro del aire entre el follaje. Avancé con infinitas precauciones, y gracias a eso evité tropezar con un cable que corría, tenso, a cuatro pulgadas del suelo.

Tardé una eternidad hasta la casa. Allí todo estaba tranquilo porque aquella camada de lobos debían considerarse seguros dentro de su fortaleza.

Empuñé la pistola de Bruno y atisé por una de las ventanas iluminadas.

Era una sala bien amueblada. Sobre una mesa habían abierto la

maleta de Shaun y esparcido su contenido. Los cinco individuos que se agolpaban en torno a la mesa no parecían muy felices precisamente.

Hubiera dado cualquier cosa por oír sus comentarios. Uno de ellos, rechoncho, con una cabeza en forma de huevo completamente pelada, gesticulaba y su rostro estaba congestionado por la ira.

Los otros cuatro eran los tripulantes del coche y aguantaban el chaparrón con expresiones ceñudas.

Cuando se cansaron de discutir, apagaron las luces y se fueron. Empecé a trabajar en la ventana. Abrirla fue una tarea larga y desesperante, pero al fin lo conseguí sin alborotar demasiado, de modo que pude colarme en la sala. Cerré la ventana por si a cualquiera de ellos se le ocurría volver.

Avancé pisando como un gato, a oscuras, sorteando los muebles cuya situación recordaba.

Más allá de la puerta había un pasillo, y puertas cerradas. Lo recorrí en silencio hasta un amplio vestíbulo del que partían unas escaleras hacia la planta superior.

Vi una línea de luz debajo de una puerta. Fui hacia ella pisando como un gato. El tirador giró suavemente bajo mi mano y la abrí lo justo para atisbar el interior.

Había dos hombres allí dentro. Uno estaba diciendo:

—Ese tipo está loco, te lo digo yo. Y todo por unos malditos guantes que no estaban en la maleta. Creí que la emprendía a tiros contra nosotros...

—¿Sabes qué pienso? Que fue una equivocación aceptar este trabajo. Uno no puede fiarse de los extranjeros.

—Es un poco tarde para lamentaciones.

—Sí, ya lo sé...

—Además, yo no sabía nada de los guantes. Quien los utilizó con aquella porquería fue él, ¿no es así? Que se hubiera preocupado de llevárselos cuando nos largamos de aquella choza.

—No se puede discutir con ese tipo. Ya veremos cómo se lo toman los otros cuando lleguen.

De repente, en alguna parte de la casa, se elevó un aullido bestial, espeluznante; un alarido infrahumano que estremeció hasta la última fibra de mi cuerpo. Jamás había oído nada igual.

Los dos tipos dieron un respingo y uno masculló:

—¡Ya empieza otra vez! ¿No te digo que está loco...?

—Después de todo, por unos podridos guantes —dijo el otro, furioso—. Los habrá a millares en todas partes. ¿Qué tienen éstos de especial?

Acabé de empujar la puerta y me colé dentro con la pistola por delante.

—Tranquilos. Un plomo en la barriga no le hace ningún bien a nadie.

Se quedaron igual que estatuas de piedra, mirándome estupefactos.

Al fin, uno barbotó:

—Bueno, ¿quién demonios es usted, y por dónde entró?

—Por la chimenea, como Santa Claus. Las manos en la nuca o empiezo a disparar.

—Otro chiflado...

Pero colocaron las manos donde les ordenaba.

—Media vuelta, camaradas. De espaldas a mí y rápido.

Giraron obedientemente.

Le descargué tal culatazo al más próximo que el tipo se arrugó sin una queja. El otro inició un movimiento de protesta, pero también recibió lo suyo y ya no rebulló más.

Les despoqué de la artillería. Iban bien provistos los dos.

Perdí algún tiempo amarrándoles con sus propios cinturones y corbatas, llené sus bocas con los pañuelos y trozos de cortina y deseé fervientemente que se ahogaran cuanto antes.

Apagué la luz del cuarto y volví sobre mis pasos, hacia la escalera. El terrible alarido había resonado arriba, así que subí en silencio.

Estaba a mitad del recorrido cuando el aullido se repitió, tan espeluznante como antes, aunque mucho más débil.

Eché a correr. Arriba había varias puertas cerradas y una abierta, dejando escapar una catarata de luz. Asomé un ojo y sentí que el estómago se me encabritaba.

Había un hombre amarrado a una silla. O lo que quedaba de lo que una vez fuera un hombre. Tras él, en escorzo, estaban los otros dos pasajeros del coche, y delante, con un pequeño soplete encendido y rugiente en la mano, el tipo rechoncho.

Éste era el que hablaba, pero no presté atención ni a sus

palabras ni a su acento extranjero. Creo que me volví loco o algo así, porque lo vi todo rojo, tan rojo como la sangre que burbujeaba en las espantosas quemaduras del desgraciado Shaun Rowe. Todo su pecho era una oscura llaga, tan profunda en algunos puntos que casi dejaba los huesos al descubierto.

Entré rugiendo y todos se volvieron hacia mí. Tiré del gatillo y el hombre rechoncho abrió la boca como un pez fuera del agua. Empezó a arrugarse y cayó de rodillas. El soplete escapó de sus dedos y quedó en el suelo, rugiendo.

Los otros empezaban a salir de su estupor y tenían mucha prisa por encontrar algo debajo de sus chaquetas. En otras circunstancias quizá habrían tenido una oportunidad, pero no entonces, no cuando yo sólo ansiaba matar y apretar el gatillo se había convertido en algo perfectamente natural. Era una fiesta.

Las balas les zarandearon, implacables, arrojándoles el uno contra el otro, como si quisieran abrazarse en el instante supremo de morir. Luego, se desplomaron con un impacto sordo en medio del rugiente trueno de la pistola.

El tipo rechoncho se derrumbó de bruces en aquel instante, aún con las manos engarfiadas sobre la barriga. Lo hizo muy bien, porque cayó de cara sobre el soplete y la rugiente llama empezó a darle lo que él le diera al pobre Shaun.

Aún emitió un largo bramido de dolor. Después calló.

Estaba muerto.

Apagué el soplete y me incliné sobre mi camarada. No quedaba mucho de él, pero estaba vivo.

—No te trataron muy bien, ¿eh, chico?

Le solté de las ligaduras, levantándolo en vilo. Todo él era una llaga. Lo llevé a la planta baja, lo dejé tendido en el suelo y volví atrás, para quitarle las ropas a uno de los pistoleros muertos.

Con ellas vestí como pude a Shaun. Cada movimiento debía torturarlo hasta el delirio, pero no le quedaban fuerzas ni para quejarse.

Di un vistazo a los dos bastardos que esperaban mis atenciones bien sujetos y amordazados. Estaban conscientes.

Comprobé las ataduras. No se soltarían nunca por sus propios medios.

Corrí a través del jardín, abrí la verja y continué corriendo hasta

donde había dejado el coche.

Cuando estuve de regreso lo estacioné delante de la puerta. Cargué a Shaun en el asiento delantero, dejándole recostado lo mejor que pude y entonces fui en busca de los dos pistoleros.

Les libré los pies y a patadas les obligué a levantarse.

—Oído ahora, hijos de perra, porque apenas puedo contener la tentación de volaros la cabeza.

Me miraron echando chispas.

—El que me produzca la menor molestia es hombre muerto. Andando, la fiesta no ha hecho más que empezar.

Se fueron trastabillando hacia la salida. Cuando vieron a Shaun comprendieron que habían perdido la batalla y el pánico se apoderó de los dos.

Les obligué a tenderse sobre la alfombra del compartimento posterior, volví a amarrarles los pies y emprendí el camino de vuelta a Garden Bay City.

Tomé rumbo a la residencia del senador y aceleré a fondo.

CAPÍTULO IX

Cuando el doctor Merrill terminó de trabajar sobre el inconsciente Shaun amanecía. El médico estaba empapado de sudor y la expresión ceñuda de su cara auguraba dificultades.

Era un individuo alto, delgado, aristocrático por los cuatro costados. Tenía una manera de mirarle a uno que a otro más impresionable que yo le habría hecho sentirse como una basura.

Desde una butaca, Nancy había asistido al trabajo de reparación extraordinariamente pálida, ayudando cuando el doctor lo había solicitado, y mirándome el resto del tiempo como esperando una explicación.

Todo lo que dije fue:

—No tenía otro sitio donde llevarlo sin exponerme a que lo mataran.

—¡Podía haberlo llevado al hospital! —había gritado el matasanos.

—¿Usted cree?

Bueno, se fue a lavarse las manos. Cuando regresó dijo con voz campanuda:

—Es el segundo individuo que me obligas a atender en estas circunstancias, Nancy. Es demasiado.

—Querido...

—Esta vez voy a dar cuenta a la policía.

Suspiré. El tipo iba a ganársela.

Nancy se levantó y se acercó a él ondulando el cuerpo de una manera delirante.

—Goldie, querido... Tú no harás nada de eso. Por mí, ¿entiendes? Es preciso que la policía no sepa que este hombre está aquí.

—¿Te has vuelto loca? Además, ese desgraciado no puede quedarse aquí. Precisa los cuidados de un centro debidamente equipado o morirá. He de llevarlo al hospital. —Se quedará aquí— dije. —Donde yo pueda cuidar de él.

—¿Usted?

—Seguro, doctor.

—¡Pero necesita asistencia especializada!

—Lo que más necesita ahora es un guardián que vele por su integridad. Y ése soy yo. Le custodiaré... con esto.

Le mostré la pistola y casi se cayó de espaldas. Pero no era un tipo fácil de convencer.

—Escuche —insistió—, si teme por la seguridad de su amigo, me ocuparé de que la policía establezca una vigilancia permanente en la habitación. La policía...

—¡Cállese ya!

Dio un respingo y le solté:

—¿Es usted idiota, o está metido en el chanchullo, o qué infiernos tiene en la cabeza?

Me miró boquiabierto, temblando de indignación.

Nancy ocultó a duras penas una sonrisa.

—Debes hacer lo que él dice, Goldie, querido. Te aseguro que si papá estuviera aquí te diría lo mismo que Keith.

—Le tratas con excesiva familiaridad me parece a mí, a pesar de que es sólo un forastero... un pistolero diría yo.

—Mi herramienta de trabajo es la máquina de escribir, doctor. Y ahora cierre el pico y no cree más dificultades. He de hablar por teléfono. Pareció a punto de saltarme encima, pero se contuvo.

Dediqué un vistazo a los dos silenciosos fardos que seguían tendidos en el suelo, en un rincón donde los había arrojado al llegar, a corta distancia del perrazo que parecía relamerse por anticipado, a juzgar por sus gruñidos y la frecuencia con que les mostraba sus criminales colmillos.

Descolgué el auricular. Me costó unos minutos establecer comunicación con Innes, pero al fin lo tuve al otro lado y le espeté sin preámbulos:

—Empiece a moverse, jefe. Encontré a Shaun Rowe muy estropeado, pero vivo. Estuvieron trabajándole con un soplete y lo que queda de él no es nada agradable de ver. Necesito un coche

grande en el cual pueda ser trasladado sin despertar sospechas. También envíe un fotógrafo y un médico para atender a Shaun durante el viaje hasta la ciudad. Y una vez allí, establezca una escolta armada por si alguien tiene la idea de cerrarle la boca de modo definitivo.

—¿Tan mal están las cosas, Kevan?

—Peor. Diga a los hombres que vengan con el coche que lleven armas. Han empezado las hostilidades y le aseguro que esta gente no se detiene por un cadáver más o menos. —¿Ha habido muchos?

—¿Qué?

—Cadáveres.

—Bastantes. A mi cuenta, tres. Y hay dos más que lo serán muy pronto si la cosa depende de mí —terminé, mirando de soslayo a mis dos cautivos.

—Ya veo... Sabía que usted lo haría, Kevan. Es el tipo ideal...

—Una mala bestia, según sus amables palabras.

—Olvide eso. ¿Qué hay del asunto?

—Shaun tiene la clave. Pregúntele a él, si es que puede volver a hablar alguna vez.

—¡Se lo pregunto a usted!

—No me grite, Innes. Estoy harto de todo esto. Y de usted, ya que estamos en eso.

Dígales a los que vengan a buscar a Shaun que se dirijan a la residencia del senador Abders... Martin Anders. El senador está ayudándome mucho en este asunto.

Recuérdelo, gran tipo.

—¡Maldita sea, Kevan, quiero...!

—Usted siempre quiere una cosa u otra. ¿Olvida que me mandó meter la cabeza en este lío completamente a oscuras? Pídale ayuda a su amigo Ford.

Colgué.

Imaginé que en su despacho Innes se comería el teléfono de una dentellada.

Nancy me miraba de tal manera que sentí un agradable calorcillo a lo largo de todos mis miembros.

Con una voz que era puro arrullo musitó:

—Gracias, Keith.

—¿Por qué? Olvídalo.

—Por lo que has dicho de papá.

Merrill gruñó:

—Esto ya ha durado demasiado. Es hora de que intervenga la ley.

Di un salto hacia él.

—Se la está ganando, doctor. Lamento tener que hacer eso después de su ayuda, pero la partida que está en juego no permite delicadezas. Siéntese en esa silla.

—¡Maldito si lo hago! Voy a salir de aquí ahora mismo.

Le incrusté el cañón de la pistola en la barriga y grité:

—¡Siéntese, estúpido!

Cayó sentado con los ojos girándole en las órbitas.

Entonces dije:

—Usted es más peligroso que una carga de dinamita en manos de un niño, doctor, porque puede desencadenar el desastre sin proponérselo. Si trata de moverse tendré que atarle, y no dude que lo haré. Le necesito aún hasta que se lleven a Shaun.

—¡Eso le costará caro!

—Bueno, pero de momento no se mueva.

Me aparté de él para ocuparme de mis otros dos forçados huéspedes.

Libré a uno del amasijo de trapos que tenía en la boca. Instantáneamente empezó a maldecir y su lenguaje resultó en verdad explosivo.

Le sacudí un revés que sonó como un tiro. Calló.

—Modérate, o de lo contrario perderás los dientes. Y decide tu futuro porque o colaboras o te mueres. ¿Qué te parece?

—¡Muérase!

—Lo siento por ti. ¡«León»!

El perrazo dio un salto al oírse llamar tan violentamente. Gruñó, furioso, muy cerca de nosotros.

—Examina su dentadura, compañero —le sugerí—. Este animal está entrenado para matar si se le ordena. ¿Qué te parecen esos colmillos?

El enorme lobo dejó de gruñir y nos miró a ambos, como preguntándose a quién degollar primero.

El pistolero jadeó:

—¡Apártelo de ahí!

—De ti depende.

Merrill chilló:

—¡No puede hacer eso, maldito sea! Es... es inhumano.

—Cállese o me obligará a amordazarlo, doctor.

Sin embargo, Nancy me advirtió, preocupada:

—Cuidado, Keith. «León» saltará al menor estímulo. A menos que quieras realmente que despedace a ese hombre, es mejor que me dejes sacarlo de aquí.

—¿Sacarlo de aquí? Si no quieres ver el espectáculo es preferible que salgas tú. Se estremeció, pero sólo dijo con voz queda:

—Como quieras.

Se volvió de espaldas y pareció muy interesada en la contemplación de la oscuridad del jardín.

—Bueno, veamos cuán valiente eres, bastardo... ¡«León»!

El perrazo dio un salto, mirándome esperanzado. Retrajo el hocico descubriendo sus salvajes colmillos y un hilo de baba escurrió hacia el suelo de sus fauces.

El pistolero rugió:

—¡Apártelo de ahí! Llévese a esa maldita bestia.

—No le insultes. Es mucho más noble que tú.

—¡Todo lo que quiera, pero lléveselo!

—Cuando decidas colaborar. Sólo entonces.

Ladeó la cabeza y los dos cambiaron una mirada desesperada. El otro hizo un gesto de asentimiento. Estaba tan pálido que daba grima.

—Hablaré —jadeó el tipo.

—Bien, empecemos por el hombre rechoncho de cabeza pelada. ¿Quién era? —No lo sé. Apenas le conocíamos. Nos ordenaron ponernos a sus órdenes. Teníamos que obedecerle—. ¿Quién dio esa orden?

Vaciló. Dio una mirada al perro, plantado allí, babeando y con ligeros temblores de excitación en los flancos.

—Flager —dijo al fin.

—Ajá, Flager otra vez... ¿De dónde procedía el extranjero?

—Todo lo que sé es que se llamaba Korzeny.

—Un nombre falso seguramente.

—No lo sé.

—¿Qué sabes de Ferguson?

Esta vez se estremeció de arriba abajo.

—¡Eso fue cosa de él, del extranjero! Nosotros le capturamos, nada más. El se encerró con Ferguson y... y lo hizo todo.

—¿Con ácido?

—S...sí. Y le golpeó.

Apenas pude contener la tentación de machacarle yo.

—Ahora hágame del negocio que estaba en marcha.

—De eso nada. El daba órdenes, nosotros las cumplíamos y eso era todo. No hablaba sobre nada más. Como cuando nos ordenó buscar los guantes.

—Hágame de eso.

—Se puso como loco cuando Flager le llamó por teléfono. Entonces volvió a torturar a ése... hasta que le obligó a confesar que él tenía unos guantes chamuscados con ácido en su equipaje.

—Y mandó a buscarlo... ¿Dónde puedo encontrar a Flager?

—Tiene un gran apartamento, en el centro.

—Quiero las señas. Ya es hora de que alguien le ajuste las cuentas a ese perro.

—Ojalá lo intente usted —jadeó, esperanzado—. Los muchachos le despacharán en menos que canta un gallo.

—Seguro, son muy eficientes. Como vosotros más o menos.

Me volví hacia el doctor.

—¿Ha oído eso, Merrill?

Asintió. Estaba lívido.

—No comprendo nada —balbuceó—, pero sea lo que fuere debe pedir ayuda a la policía.

—Doctor, hay muy poca diferencia entre «su» policía y este par de monos. Verá usted saltar este poblacho desde sus cimientos, incluida su policía.

Entonces intervino Nancy.

Dijo:

—Ya ha empezado a socavarlos, Keith. Los periódicos quiero decir. Desde que llegaron todo el mundo anda revuelto.

—Eso no es más que el principio. Yo en tu lugar telefonaría a tu padre para que no regrese hasta nuevo aviso.

Shaun emitió un débil lamento. Le pregunté al médico:

—¿No hay alguna forma de recuperarlo rápidamente? Aunque sólo fuera por unos minutos.

—En su estado, no.

—Sería muy interesante lo que tuviera que decir.

Volví a amordazar al pistolero y empecé a pensar en la forma de hacer las cosas de la única manera que podían hacerse en un lugar como ese poblacho, donde todo estaba corrompido.

No era una tarea agradable, y en otras circunstancias creo que habría dejado el trabajo para otros. Pero con sólo mirar al desgraciado Shaun se me revolvía el estómago. Por él merecía la pena dejar de lado todos los escrúpulos.

Nancy murmuró:

—¿Y ahora qué, Keith?

—Voy a terminar con eso.

—¿Por qué no esperas que los periódicos desencadenen la actuación de las autoridades estatales? Se verán forzadas a intervenir.

—Demasiado lento. Esas ratas escaparían, y hay un par de cosas que deben pagar. No, nena. Voy a cazar a Flager, y tras él los demás.

El pistolero que hablara antes se agitó violentamente. Fui hacia él y le libré de la mordaza.

—¿Tienes algo más que decir?

—Seguro, pero sólo si nos deja escapar.

—Estás chiflado. Si te suelto correrás a unirme a tus compinches para engrosar sus filas. Ya tengo bastante trabajo.

—¿Unirme a ellos? Sé cuándo el barco se hunde. Palabra que nos largaremos de la ciudad antes que sea demasiado tarde. ¿No es cierto?

El otro cabeceó enérgicamente.

—Muy bien —decidí—. ¿De qué se trata?

—¿Nos soltará después?

—Seguro.

No lo pensó mucho.

—Están preparando algo grande... todos ellos, incluido Flager. Han vendido casi todos sus negocios en menos de seis meses. *Cabarets*, hoteles, casinos, casas de juego... Todo.

—¿Y eso es lo importante? Todo lo que eso sugiere es que ya tienen bastante dinero sucio y piensan retirarse.

—No, no, usted no comprende. Sea quien sea que lo ha

comprado ha pagado el doble de su valor.

Agucé el oído.

—¿El doble de lo que vale cada negocio?

—Sí.

—Ahora quizá has dicho algo importante...

—Ya le advertí que era algo grande. Suéltenos y haga lo que quiera con ellos después.

—Más despacio, compañero. ¿Sabes quién lo compró?

—No. Creo que se trata de una sociedad, o un consorcio. Korzeny formaba parte de él.

—Ya veo...

—¡Es cierto! Incluso Flager nos dijo que íbamos a separarnos dentro de unos días, porque la organización había terminado.

Nancy se colocó a mi lado y musitó junto a mi oído:

—Keith, eso explicaría el hecho de que ya no necesitan a papá.

—También puede explicar muchas cosas más.

Desde la butaca Merrill gruñó:

—Están hablando y hablando y todavía no sé qué significa todo esto. ¿Qué le importa a nadie el que alguien venda sus negocios?

Le contemplé estupefacto.

—Doctor, o es usted realmente idiota o ha estado viviendo en el limbo hasta ahora. Si todo lo que tiene que decir es como eso, mejor que tenga la boca cerrada.

—¡No le consiento ese tono conmigo! —vociferó, levantándose.

—Ocúpese del herido y cálese.

Shaun había dejado de quejarse y parecía dormir. Yo habría dado una mano para poder interrogarle antes de emprender mi última batalla.

—He de irme, Nancy. Cuando lleguen los enviados de mi jefe para llevarse a Shaun...

—¡Espera un minuto! —me atajó—. No pensarás dejarme aquí en compañía de esos dos.

Señaló a los prisioneros. El que había hablado hasta entonces gritó:

—Usted dijo que nos dejaría libres. Suéltenos, Kevan.

Le enseñé los dientes en una mueca.

—Nunca creas las palabras de un reportero.

Volví a llenarle la boca de trapos y me encaré con la muchacha.

—Eso tipos no podrán mover un dedo hasta que yo vuelva, querida. Todo lo que debes hacer es tener el perro a mano para guardar el orden, y no estará de más que en ese orden incluyas al doctor Merrill. ¿Ha oído, doctor? Si comete cualquier tontería le arrancaré la piel a tiras.

Barbotó un juramento, pero no se movió.

Les dejé allí, protestando, y me largué sin más trámite.

CAPÍTULO X

El apartamento de Flager estaba en la quinta planta de un edificio nuevo y lujoso, sobre el paseo de la playa. Subí, empuñé la pistola y llamé a la puerta.

Abrió un tipo que ya conocía. No tuvo tiempo de reaccionar porque antes que pudiera abrir la boca le golpeé salvajemente en la cara con el cañón del arma.

Saltó hacia atrás, sangrando, aturdido. Le advertí con amabilidad:

—Levanta la voz y revientas. ¿Cuál es tu nombre?

—Sardón. No saldrás vivo de aquí, maldito.

—No vayas a apostar sobre eso. Vuélvete.

—¿Para qué? No se atreverá a pegarme un tiro aquí dentro...

—Sólo quiero librarte del peso muerto.

Se volvió a regañadientes, gruñendo. Le tanteé el costado y encontré un revólver de cañón corto.

—¿Dónde están los demás?

—En el despacho.

—¿Flager?

—Sí.

—¿Quién más?

—Rolfieri Penwick anda por algún lado.

—Perfecto. Reunidos como en familia.

Le descargué un culatazo. O me pasé de rosca o su cráneo era muy débil, porque cuando se desplomó sangraba a borbotones.

Le dejé allí y me adentré en el apartamento.

Casi tropecé con otro individuo que también era amigo mío.

Se quedó de piedra al verme, tan sorprendido como yo mismo. La diferencia era que yo tenía la pistola en la mano y él en la funda.

—Bien, bien, las manos sobre la cabeza, y rápido. ¿Cómo te llamas?

—Penwick.

—De acuerdo. Ahora serás el difunto Penwick.

—¡Maldito sea, no puede matarme así! Nosotros le dejamos vivo en la playa.

—Ése fue un error que no tendréis ocasión de rectificar. Guíame hasta donde está Flager.

—Bueno...

—Pero antes vuélvete para que pueda librarte de la artillería.

Asintió y se volvió, pero dijo:

—Ni así saldrá vivo de aquí.

—Tu camarada dijo lo mismo.

El culatazo le cazó desprevenido, y resonó como sobre el parche de un tambor abollado. Se desplomó sin una queja. Así pude librarle de su petardo. La sangre empezó a ensuciar la costosa alfombra en torno a su cabeza.

Me interné en el apartamento hasta que oí voces detrás de una puerta. La abrí de un empujón y contemplé a los dos individuos que había allí dentro.

A uno le conocía muy bien, así que debía ser Rolfieri. El otro, delgado y de baja estatura, parecía estar sentado cuando en realidad estaba de pie al otro lado de la mesa.

Rolfieri boqueó:

—¡Es él, patrón, el reportero!

—¡Condenación!

—Ésta no es una bienvenida muy cortés, Flager. Tú, Rolfieri, ponte de cara a la pared, apoya los dedos índices en ella, echa las piernas para atrás y no muevas ni las pestañas, porque con sólo que yo crea que estás mirándome de mala manera te meteré un plomo donde más te duela.

Obedeció sin necesidad de más aclaraciones. El tipo tenía experiencia. Cuando lo tuve en la posición deseada le desarmé sin dejar de vigilar a Flager, cuya mano izquierda presionaba una y otra vez un botón disimulado en la mesa.

Le sonreí animadamente.

—Sigue llamando, Flager, a ver si acuden los bomberos, porque lo que es tus matones yo diría que no están en condiciones de librar

ninguna batalla.

Retiró la mano. Retrocedí hacia la puerta y di vuelta a la llave interior, guardándomela en el bolsillo.

—Ahora hablaremos, Flager.

—Hablará usted en todo caso.

—Equivocado. ¿Viste cómo dejé a Bruno?

Asintió. Un escalofrío le recorrió de arriba abajo.

—Ése fue un trabajito bastante considerado, teniendo en cuenta las circunstancias. Para ti, las cosas serán distintas. Tienes que pagar la muerte atroz de Ferguson, y el rapto y tortura de Shaun Rowe. Ahora está a salvo, pero dudo que viva. Eso es lo que vas a pagar con intereses de usurero.

—No sea absurdo. Eso puede arreglarse de otro modo.

—¿Cómo, por ejemplo, dejándome cortar el cuello?

—Llenándose de billetes, estúpido. Ninguno de esos dos que ha nombrado valía un centavo. Usted es distinto.

—Eso puedes jurarlo sobre una montaña de biblias. Tan distinto que no quiero sobornos, ni amenazas, ni dinero. Nada que venga de tus puercas manos. Todo lo que he venido a buscar es información. Y tu pellejo por añadidura.

Sonrió cínicamente. No le faltaban agallas al tipejo.

—De eso no hay nada —dijo—. Dirección equivocada.

Sin previo aviso le golpeé la cara con la pistola. Un amplio surco rojo surgió en su mejilla y cayó sentado al suelo.

Mirándome con ojos llameantes de odio rugió:

—¡Haré que le corten a tiras, hijo de perra!

—No prometas nada que luego no puedas cumplir. Esta noche he liquidado a Korzeny, o como se llamará el tipo de cabeza de huevo, y a dos de los matones que pusiste a su servicio. Otros dos están en mi poder, vivos, y te aseguro que hablarán como cotorras para la cadena de periódicos para la que trabajo, de modo que tu imperio se irá al infierno.

—¿De veras espera que me crea esa sarta de embustes?

—Todo lo que te he dicho es cierto, incluidas las muertes de Korzeny y de dos pistoleros.

Sólo tienes un medio de salir de este lío con la cabeza sobre los hombros, y es hablando.

—No conseguirá vencerlos, Kevan.

—¿A quiénes?

—Váyase al infierno.

Sacudí la cabeza.

—Habrá que hacerlo por la brava... Escucha, desgraciado. Sé que los gerifaltes de todo el tinglado han vendido sus negocios por un precio astronómico. Todos los negocios. ¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Lo ignoro.

Rechiné los dientes y una vez más la pistola cumplió su cometido y él se derrumbó de nuevo. Ahora tenía los labios rotos y sangraba por toda la cara.

—Sólo hemos empezado, Flager —le consolé—. Lo peor vendrá después. Ahora volvamos al negocio. Sé que Lewis está metido en esto, y un tal Eberhard, y Mayson, pero hay otros y quiero sus nombres también. Tú te encargabas de los trabajos rudos, eras el encargado de los matarifes. ¿Estoy en lo cierto?

—Muy bien, ahora intente probarlo ante un jurado y verá lo que pasa.

—Eres cómico, Flager. ¿Para qué necesito un jurado?

Eso le preocupó. Miró a su esbirro, muy quieto junto a la pared. Comprendió que por aquel lado no podría esperar ayuda.

—¿Qué decides? —le apremié.

—Aunque quisiera hablar lo que le dijera no serviría de nada. Ellos planeaban, tomaban decisiones. Después, me daban órdenes concretas. Nunca supe cuáles eran sus planes secretos.

—No dices una sola palabra de verdad y ya empiezo a cansarme. ¿Qué clase de consorcio es el que compró todos los negocios de la pandilla?

—Todo lo que sé es que son forasteros. Korzeny era uno de ellos. Es el único al que conocí, porque sospecho que los otros ni siquiera están en la ciudad.

—Pero tú sí estás aquí y vas a empezar a pagar por todos.

—¿Por qué la toma conmigo? Yo sólo cumplía órdenes, por lo tanto vaya y pregúntele a Lewis o a cualquiera de los demás. Entonces le atraparán y estará listo.

—Eso queda por ver. No lo repetiré, Flager. Quiero que anotes los nombres de todos los gerifaltes del crimen y la corrupción, todos los que han intervenido en la venta de esos negocios. Sólo con que

vaciles, o te olvides de un nombre, te machacaré.

Lo pensó mientras intentaba contener la sangre de su cara. Volvió a dirigir la mirada a su socio. Yo no dejaba de vigilarle también, pero el tipo no mostraba ningún interés por lo que pasaba. Seguía tan quieto como una estatua.

Al fin, se encaramó al sillón detrás de la mesa y empezó a escribir. Cuando tuve la lista en la mano me di cuenta que la corrupción estaba mucho más extendida de lo que nadie podía imaginar.

Con sus labios rotos barbotó:

—Es todo lo que puede sacar de mí. ¿Qué se propone hacer ahora, entregarme a la policía?

—¡Qué más quisieras! Tú eres cosa mía, Flager.

Doblé el papel y me lo guardé en el bolsillo, íntimamente satisfecho.

Esa satisfacción casi me costó la cabeza.

Oí el jadeo detrás de mí y me volví. El pistolero se disponía a saltarme encima con una expresión de mortal odio en la cara.

Tiré instintivamente del gatillo y se la reventé. Hubo un estallido de sangre y huesos y el cuerpo se fue dando tumbos, hasta pegar contra la pared y caer al suelo.

Empezaba a volverme hacia Flager, rabiando, cuando él también intentó su parte. Me arrojó un pesado cenicero de cristal y sentí un estallido en la sien, algo como un martillazo que me tiró de espaldas aullando.

Perdí la pistola al caer. Antes que pudiera sacar cualquiera de las otras que atesoraba en mis bolsillos, él me saltó encima en un buen alarde de reflejos. Saltó como un gato cuando intentaba levantarme y rodamos los dos sobre la alfombra.

Flager gritó lleno de esperanza.

Pronto la perdió, justo cuando le hundí un puño en la boca, quitándomelo de encima.

Caído de rodillas, encajó un puntapié en el cuello que por poco no le arrancó la cabeza.

Volvió a revolcarse en el suelo.

—Vamos, arriba, héroe —le animé.

Lo intentó. Tenía nervio, eso había que reconocerlo.

Se arrojó de cabeza contra mi estómago, sólo que pude

esquivarle golpeando al mismo tiempo. El golpe le hizo aumentar la velocidad.

Dio un grito, horrorizado al no poder detenerse a tiempo. Pegó de cabeza contra el enorme ventanal, hubo un estallido de cristales y Flager desapareció después de dar una trágica pirueta en el aire, ya fuera de la ventana.

Oí el sordo batacazo en la acera, los gritos de la gente y los silbatos de los policías.

Eché a correr y abandoné el apartamento a escape. Apenas había salido a la calle cuando un grupo de agentes entraba en el vestíbulo. Les deseé buena suerte.

* * *

Nancy salió a mi encuentro tan pronto me apeé del coche, delante de la puerta.

—¿Te han causado problemas? —le pregunté por todo saludo.

—Estaba tan inquieta por ti, Keith...

—Yo puedo cuidarme solo. ¿Qué ha pasado durante mi ausencia?

—Tus prisioneros no se han movido. «León» está sentado a su lado. Creo que empieza a tomarles cariño... Más bien quien ofreció alguna dificultad fue Goldie. Hube de emplearme a fondo para que desistiera.

—¿Qué infiernos quieres decir con que te empleaste a fondo?

Cerró la puerta y se echó a reír.

—Tuve que trabajarle. Quería irse a buscar a la policía.

—De modo que le trabajaste... Voy a romperle los dientes.

Me rodeó el cuello con los brazos. Su boca se aplastó contra la mía, ardiente como una llama.

La cosa duró un buen rato, y hubiera podido seguir aún mucho más tiempo si ella no hubiese apartado la cara, susurrando al mismo tiempo:

—Antes de que me ahogues, dime qué estuviste haciendo.

—No te gustaría saberlo.

—¿Tan malo fue?

—Peor... pero ahora tengo la lista completa de los gerifaltes de todo este tinglado de corrupción. Y eso es lo único que tengo hasta

que cualquiera de ellos hable. O hasta que mi jefe se decida a levantar el velo del misterio.

—No comprendo qué quieres decir. Si ya has desvelado esos nombres, ¿qué más quieres? Las pruebas, ahora, saldrán solas.

—Hay algo más, nena. Algo mucho más grande detrás de toda esa corrupción. Y quiero saber qué es.

—Bien, pero eso puede esperar me parece a mí.

Su boca era una tentación, húmeda y roja.

Me dejé vencer por esa tentación. Para que la dicha fuera completa, esta vez ni el condenado perro estaba allí.

CAPÍTULO XI

Llegaron al atardecer. Yo conocía al fotógrafo que vino acompañando a la expedición que debía llevarse a Shaun.

Fue él quien me anunció:

—Este asunto empieza a tomar un vuelo insospechado. El propio Innes está en camino.

—¿Innes viene hacia aquí?

—Ni más ni menos.

—Debe haberse vuelto más loco de lo que ya está.

—Puede. Ahora, dime para qué necesitas al mejor fotógrafo del país.

—Tu modestia me entenece... Vas a sacar unas placas como jamás hiciste otras. Ven conmigo.

—Hemos acondicionado la parte posterior del coche para acomodar un herido. Porque se trata de un herido según Innes, ¿no es así?

—Seguro. Ahora le verás.

El doctor Merrill daba cabezadas hundido en una butaca. En otra, Nancy había logrado conciliar un sueño inquieto agotada por la tensión nerviosa.

Los dos rufianes estaban muy despiertos, aunque de bien poco les servía.

Y Shaun seguía inconsciente tendido en el diván. Según la última opinión del matasanos, esa inconsciencia le ayudaba a soportar los terribles dolores que le habrían asaltado caso de estar despierto. Lamenté tener que estropearle el descanso.

Sacudí al médico hasta que abrió los ojos. Señalé a Shaun y ordené:

—Quítele los vendajes.

—¿Qué?

—Ya lo oyó. Todos los vendajes, doctor.

—¡Eso es una salvajada! Le dolerá de un modo espantoso y es una crueldad inútil. ¿Qué clase de individuo es usted?

—Alguien que está haciendo un trabajo desagradable, y que lo hará hasta el final.

Apresúrese.

Gruñendo, amenazándome y maldiciendo, puso manos a la obra.

A Shaun debió dolerle, realmente, porque se quejó varias veces en medio de su inconsciencia.

Cuando el fotógrafo vio lo que habían ocultado los vendajes empezó a temblar y casi vomitó.

Yo dije:

—Ahí tienes tu trabajo. Quiero fotos con todo detalle. Quiero que cuando se publiquen la gente vomite sobre los periódicos. Y rápido, para que el médico pueda volver a colocar los vendajes.

Estremeciéndose, comenzó a trabajar. Lo hizo rápido, y yo aposté conmigo a que eran las fotografías más horribles que se hubieran hecho jamás a un ser vivo.

Cuando terminó estaba verde.

—¿Eso es todo lo que querías? —jadeó.

—Es todo.

—¿Dónde está el lavabo?

Se lo indiqué y echó a correr.

El médico hizo su parte, arrancando nuevos quejidos al pobre Shaun.

Después le acondicionamos para el viaje, bien envuelto en mantas que Nancy proporcionó. Respiré mucho más tranquilo cuando el coche se hubo perdido de vista, y cerrando la puerta volví al interior.

Nancy susurró:

—Lo has conseguido, Keith...

—No del todo. Espero que Innes sepa cómo terminar esto.

—¿Y papá?

—No lo sé, es algo que no dependerá sólo de mí. Me acarició la mejilla.

—Sé que harás cuanto esté en tu mano, querido.

—Seguro que lo haré.

Innes llegó una hora más tarde, cuando ya había cerrado la noche. No le gustó que se hubieran llevado a Shaun sin que él lo viera.

—Ahora cuénteme todo lo que sepa del caso, Kevan —ordenó.

Estuve hablando un buen rato. Al final dije:

—Hay extranjeros metidos en este embrollo, extranjeros que al parecer han comprado toda la industria turística de Garden Bay City por un precio astronómico. Usted sabía que...

—Yo no sabía nada —me atajó de mal talante—. Sólo que se preparaba algo grande en esta región. Este pueblo era un pudridero, de modo que Ford calculó que podría ser el lugar elegido por esas gentes.

—Ford, ¿eh?

—Ahora ya puede saberlo usted. Es el consejero del presidente en asuntos de contraespionaje y seguridad nacional, pero les convenía levantar la liebre antes de tiempo. Una investigación por hombres del gobierno hubiera puesto en guardia a esa camarilla. En cambio, unos reporteros no les alarmarían mayormente... O por lo menos eso pensamos.

—¡Hijos de perra! —dije rechinando los dientes.

—¿Qué, quiénes? —se asombró.

—Usted y Ford. Hijos de perra. Enviaron a la muerte a Ferguson y a Shaun Rowe como si desplazaran simples piezas de ajedrez. Y luego me mandaron a mí. Debería romperle el alma, Innes.

—Tómelo con calma. Nadie pudo prever que obrarían de un modo tan bestial.

—No, ¿eh?

—Me equivoqué al elegir a los hombres, eso fue todo. Debiera haberle enviado a usted desde el principio.

Apenas podía Contenerme. Algún día le rompería los dientes a mi jefe, eso era seguro.

Al fin claudiqué. Dije:

—¿Por qué Ford pensó que estaba armándose un aparato de espionaje en esta región? —Porque a unas cuarenta millas de aquí, el gobierno ha establecido un centro de investigación de nuevas armas experimentales. Además, es un lugar muy estratégico para enviar a sus agitadores hacia el sur.

—Ya veo... En una población que en la época veraniega

aumenta en un millón de forasteros podrían pasar desapercibidos cientos de agentes de espionaje. Sobre todo, contando con que las autoridades estaban corrompidas hasta el tuétano.

—Pienso que me gustaría mucho colgar a los responsables de esta maquinación...

—Tal vez pueda hacerlo.

—¿Qué, cómo?

—Sabemos quiénes son y dónde encontrarlos. Podemos hacerles una visita... de cumplido.

—Olvídelo, Kevan. Ford se entrevistó anoche con el gobernador del estado. A estas horas han emprendido la marcha hacia aquí con una buena dotación de policías estatales, acompañados por agentes federales. Lo que queda es trabajo suyo.

—¡Maldita sea! Sabe de sobra que les condenarán a absurdas penas de cárcel.

—Son las leyes, Kevan.

—En casos como éste, unas leyes idiotas.

—De acuerdo, pero yo no las hice, ¿sabe? Jamás me atrevería personalmente a burlarlas. Lo dijo en un tono curioso y se largó para preparar la llegada de toda aquella tropa. Casi inmediatamente entró el senador. Nos sorprendió a Nancy y a mí abrazados y la situación se hizo tensa por unos instantes.

Al fin, sonrió y sacudió la cabeza.

—Debí imaginar algo así —dijo—. De haber pensado en ello habría anunciado mi vuelta, pero no pensaba regresar tan pronto.

—Papá, quiero a Keith— dijo Nancy llanamente.

—Podrías haber elegido peor... —Esbozó una sonrisa tensa y añadió—. He vuelto porque me han convocado para una reunión muy importante. Ya sabe, Lewis y los demás. Veladamente, incluso me han amenazado. Dicen que asistirán importantes hombres forasteros a los que me conviene conocer.

Di un salto hacia él.

—¿Dijeron forasteros o extranjeros, senador?

—Bueno... no estoy seguro.

—No importa. ¿Dónde va a celebrarse esa reunión?

—En una residencia de Lewis, en la playa.

—Señáleme en un mapa la situación de la residencia, y no diga una palabra a nadie.

—¿Por qué? No pretenderá hacer esto solo.

—Veremos. Un mapa, por favor.

Trajo uno y señaló la situación de la casa.

Nancy susurró:

—No te dejaré que cometas esta locura, Keith... Te matarán.

—Ya lo intentaron otras veces.

—Ella tiene razón —dijo la voz de Innes, detrás de nosotros—. No es trabajo para un hombre solo. Además, ya es demasiado tarde.

—¿De qué está hablando?

—No pude evitar oír lo que hablaban ustedes. Van a reunirse todos, ¿eh?

—Es usted...

—Lo sé, no me lo repita, pero eso no quita para que escuchara. En estos momentos, Kevan, las autoridades federales están tomando los puestos claves de la ciudad, empezando por los de la policía. Los policías del estado, a las órdenes del gobernador, sustituyen de momento a los locales. Y sea lo que fuere que haya que hacer les corresponde a ellos. Si se hubiesen retrasado un poco... Bueno, la cosa hubiera sido distinta. No crea que no me habría gustado a mí también.

Le miré con un nuevo respeto. Sonrió. Luego señaló al senador y me espetó:

—En cuanto al senador Anders, ¿qué va a escribir sobre él, Kevan?

—Resaltaré lo mucho que nos ayudó a resolver el caso.

—Ya veo...

Nancy oprimió mi mano entre las suyas. Al senador debían temblarle las piernas, porque retrocedió y hubo de bus car asiento en una butaca.

—Imagino que en esta faceta del asunto se guarda usted material en el tintero. Un periodista no debe... En fin, los reportajes son cosa suya. Escríbalos.

—Lo haré.

—Inmediatamente, Kevan.

—Seguro.

—Quiero el primero antes de regresar a la capital —decidió, muy contento—. Ya conozco sus trucos.

—Escribiré el primero cuando se calme un poco todo este

alboroto. Los siguientes los recibirá uno por día, desde el lugar en que me encuentre.

Dio un brinco, volviéndose.

—¿Qué maldita cosa dijo?

—Tengo vacaciones. ¿Lo olvidó o qué pasa con usted?

Haré una excepción en este caso mandándole las crónicas durante mis días libres, pero no lo tome como norma porque es algo que no se repetirá jamás.

—¡Maldito si le consiento que...! Usted hará las vacaciones cuando haya escrito todo el material.

—Olvídelo. Esta vez no se saldrá con la suya. Y ahora que se me ocurre, debería correr usted a entregar ese mapa a su amigo Ford, para que sepan exactamente dónde cazar a toda la camarilla, incluidos los extranjeros.

Titubeó, echando chispas.

Pero yo le conocía bien, casi tanto como él me conocía a mí.

Tomó el mapa de un zarpazo. Maldijo a algo inconcreto. Bufó y resopló sólo para que supiéramos que estaba furioso, y al fin dio media vuelta y salió disparado.

Nancy tenía los ojos húmedos cuando aproximó su cara a la mía.

—Gracias por lo que has hecho por papá, Keith...

—No me lo agradezcas. Te cobraré por ello.

—Claro. Estoy dispuesta a pagar.

El senador carraspeó. Me volví hacia él.

Dije seriamente:

—Se me ocurre que debería desaparecer usted de aquí durante unos días. La polvareda pasará pronto y entonces podrá volver a sus actividades.

Tragó saliva, mirándonos con ojos húmedos.

Al fin sonrió.

—Creo que está usted en lo cierto, Kevan. Nos veremos a mi vuelta.

Besó a su hija y estrechó mi mano. La suya temblaba.

Cuando se hubo cerrado la puerta ella vino hacia mí.

Quedamos mirándonos un buen rato, sin hablar, muy juntos.

Al fin sus labios se movieron.

—¿Adónde piensas ir ahora para pasar esas vacaciones de que has hablado?

—Bueno, estaba pensando en un lugar de veraneo fuera de temporada. Algo así como Garden Bay City.

—¡Oh...!

—Recuerda que tengo alquilada una habitación en uno de los mejores hoteles.

Rió bajito.

—¿Para qué quieres una habitación en un hotel? Tenemos una espléndida residencia para nosotros dos.

—No se me había ocurrido.

—Eres un pésimo mentiroso por muy periodista que seas.

Ahogué su risita dentro de mi boca. Sus brazos se enroscaron en torno a mi cuello y, sin dejar de besarla, la levanté en vilo y eché a andar.

Me costó un poco localizar el dormitorio, pero cuando cerré la puerta todo encajó en su lugar.

La sangre, la violencia y las pesadillas quedaban fuera definitivamente. Dentro, quedábamos solo un hombre y una mujer.

FIN



José María Lloró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Novelista de variados registros, durante la dictadura franquista convirtió la novela de bolsillo en «novela de acción reportaje», narrando en forma de ficción, los acontecimientos reales que sucedían en Barcelona, durante tiempos de brutal represión y feroz propaganda.

Utilizó los

ALIAS:

- Buck Billings.
- Burton Hare.
- Clark Forrest.
- Delano Dixel.
- Gordon Lumas (a veces, Gordon C. Lumas) (para las novelas del oeste).
- Marcel D'Isard.
- Max (a veces, Mike) Cameron (en terror y policiaco).
- Mike Shane.

- Milly Benton.
- Ray Brady.
- Ray Simmons (a veces, Simmonds).
- Ricky C. Lambert.
- Sam M.